



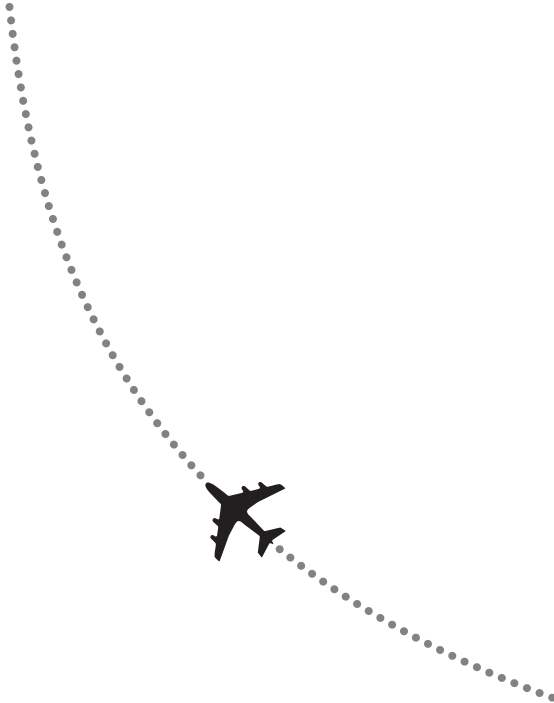
SILVIA KORENBLUM

TRASLADOS

La mudanza internacional y su impacto familiar



Asociación Profesional del
Cuerpo Permanente
del Servicio Exterior de la Nación



Silvia Korenblum

Traslados

La mudanza internacional
y su impacto familiar



Asociación Profesional
del Cuerpo Permanente del
Servicio Exterior de la Nación

© Copyright 2014

Asociación Profesional del Cuerpo Permanente
del Servicio Exterior de la Nación
Esmeralda 1212
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina
Tel. [+54 11] 4819 8049
www.apcpsen.org.ar
apcpsen@apcpsen.org.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Diseño de tapas: Iara Grispun
Diseño y armado de interior: Martín Glas

Todos los derechos reservados

ISBN 978-987-24758-2-6

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Korenblum, Silvia

Traslados: la mudanza internacional y su impacto familiar. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Asociación Profesional
del Cuerpo Permanente del Servicio Exterior de la Nación -
APCPSEN, 2014.
108 p. ; 15x21 cm.

ISBN 978-987-24758-2-6

1. Política Exterior. 2. Sociología. I. Título.

CDD 327.209 2

Fecha de catalogación: 11/06/2014

A Iara y a Martín

Índice

Introducción	pág.	11
I. Las familias en tránsito		
Características generales	pág.	17
Etapas del desarrollo, crisis vitales y familias migrantes	pág.	28
II. Mudanzas internacionales		
Un desafío a la homeostasis familiar	pág.	41
III. Identidad		
Identidad nacional	pág.	57
IV. Los duelos de las migraciones		
Los duelos específicos de la migración transitoria	pág.	79
V. Conclusión		
Validando la situación estresante: RESILIENCIA	pág.	97
Bibliografía	pág.	105

Agradecimientos

A todas las entrevistadas y entrevistados de tan diferentes experiencias que, con tanta generosidad, me permitieron conocer sus historias y transcribirlas.

A Iara Grinspun, que colaboró con el diseño de la tapa.

A Pablo Grinspun, primer lector y aliento incondicional de este trabajo y de todos mis trabajos.

Introducción

“Voy con las riendas tensas y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa llegar solo ni pronto,
Sino llegar con todos y a tiempo.”
León Felipe

Las familias en tránsito son aquellas que migran de ciudad o de país, por un período de tiempo determinado.

En la antigüedad, la migración era una epopeya: los pueblos nómades llegaban de un lugar a otro midiendo cada paso en la distancia caminada, *sintiendo* el cambio de un clima a otro, experimentando la aventura de los ríos recorridos, de las montañas escaladas, de las cuestas bajadas. El tiempo entre la salida y la llegada, generalmente extenso, hacía que uno tuviera la real dimensión del espacio y del camino recorrido.

En la actualidad, por el contrario, pasamos de un clima a otro, cambiamos de huso horario, de una geografía a otra, del invierno más helado al verano más caluroso, sin ese tiempo acorde que permitía “hacerse a la idea” de la antigüedad.

La globalización ha cambiado algunas cosas, y entre ellas el mundo se ha convertido en algo más abarcable y más pequeño. El avance de la tecnología de las telecomunicaciones, que conecta en tiempo real a dos personas que se encuentran en distintos puntos del globo, los medios de comunicaciones y la internet nos permiten conocer, desde nuestra casa, lo que sucede en el rincón opuesto del mundo. Finalmente, los medios de transportes, principalmente el avión, nos permite movernos con cierta facilidad entre distintos países. El ser humano, que antes era capaz sólo de caminar, ahora puede navegar y volar.

“La migración internacional es parte integrante de la mundialización, que puede ser definida como una ampliación, profundización y aceleración de la interconexión mundial en todos los aspectos de la vida social contemporánea. El principal indicador de la mundialización es el rápido aumento de los flujos fronterizos de todo tipo: finanzas, comercio, ideas, contaminación, productos mediáticos y personas. La estructura organizadora principal de todos estos tipos de flujos es la red transnacional que puede adoptar la forma de empresas transnacionales, mercados mundiales, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, organizaciones de delincuentes o comunidades culturales transnacionales. El instrumento clave es la tecnología de la información y de las comunicaciones modernas, comprendidos Internet, mejores conexiones telefónicas y un transporte aéreo barato” (Castells, 1997).

Gracias a estos aspectos de la globalización, ahora nos podemos trasladar de un país a otro, entre distancias siderales, en tiempos proporcionalmente impensables, con todas nuestras cosas y nuestras familias, sin siquiera el tiempo de hacernos a la idea.

Uno de los rasgos más importantes de la globalización está dado por la transnacionalización de las empresas y los capitales, por la ausencia de fronteras en cada vez más actividades y quehaceres. Ello incide en un aumento muy importante de las familias que, principalmente por motivos de trabajo, se vuelven familias en tránsito.

Es decir, las migraciones temporarias son cada vez más frecuentes, y hay cada vez más gente que hace o ha hecho una o varias migraciones transitorias en su vida.

¿Quiénes son los que migran en forma transitoria?

Los diplomáticos, becarios, estudiantes, profesores universitarios, científicos, ejecutivos de empresas, deportistas, empleados de

organismos internacionales y militares están entre los principales grupos.

¿Qué es una migración transitoria?

Es una migración con un boleto de vuelta, lo que quiere decir que el país en el cual se va a vivir, es de paso. Muchas veces no se sabe por cuánto tiempo, pero la idea de “vuelta” es una referencia que se conoce desde el principio. En el mejor de los casos, uno puede saber hasta cuándo estará en ese país, como puede suceder con los estudiantes, o los que tienen un contrato con un límite establecido, como algunos ejecutivos o los diplomáticos de ciertos países. Pero, lo más probable, es no tener una fecha segura de regreso al país de origen o de traslado a un tercer país, ya que algunos migrantes transitorios o “transmigrantes” vuelven a su país de origen, pero otros van a un país nuevo.

Este ticket de regreso está siempre presente. Es lo que le indica a esa familia que su estancia es “por un tiempo”, aunque este sea extremadamente variable, justamente porque el avance de la globalización puede estrechar los tiempos de manera, en algunos casos, hasta insólitas.

La característica del migrante transitorio es que no puede echar raíces, el expatriado en tránsito *sabe que se va a ir. No debe tirar anclas.*

Uno de los problemas más importantes que surge en estas familias se refiere a la organización del quehacer de sus integrantes. Cada uno de ellos tiene sus propias características, sus propias necesidades, atraviesa diferentes etapas de sus ciclos vitales, por lo que el papel que desempeñará cada uno será distinto al de los demás, de acuerdo a sus intereses personales y el lugar que le toca ocupar en la familia.

Las mudanzas, en sí mismas, son un fuerte factor estresógeno y las familias migrantes están expuestas a adaptaciones y sobre

adaptaciones que no son fáciles, ni tan glamorosas como pueden ser vistas desde afuera.

En efecto, es normal que alguien que escucha que una familia se muda a otro país por un tiempo determinado o indeterminado, en condiciones económicas buenas o muy buenas, sienta, con toda candidez, que se trata de una gran aventura, excitante y atrayente, que no puede contener ningún componente negativo.

Esta creencia se extiende a los mismos protagonistas. ¿Cómo van tener problemas si la vida que tienen es privilegiada? Por lo tanto, aquí se da una paradoja que se asemeja a “la jaula de oro”.

En esta jaula de oro, cada integrante de la familia se ubicará de distinta forma en el devenir que el traslado implique: por lo general es el trabajo o la beca, el motivo explícito que lleva a la familia al traslado. El cónyuge (la mujer por lo general, aunque no exclusivamente como se verá más adelante) y los hijos acompañarán la decisión, haciendo que toda la familia asuma el desafío. Con responsabilidades distintas, según y conforme a la tipología de cada familia.

En muchos casos aquel que se desplaza provoca cambios en el grupo familiar, que no siempre es partícipe directo en las expectativas de quien parte. Entonces ya no es el malestar o el cambio en un individuo sino las repercusiones en su grupo de referencia, o su familia. Están quienes se quedan en su lugar de origen y hay quienes acompañan. Ambas situaciones no son sin consecuencias para el “actor”, como tampoco lo son para sus acompañantes.

En este marco, el objetivo de este trabajo será el análisis de la problemática de la familia migrante, con el propósito de lograr una mayor comprensión de los mecanismos que operan en familias con estas características.

La división por capítulos es temática, pasando por diferentes costados, sectores, variables, que hacen a la realidad del migrante una especie de viaje con distintas estaciones. Así se trabajarán y conjugarán los siguientes tópicos:

- ▶ Cuáles son sus características generales.
- ▶ Las funciones de cada integrante de la familia antes, durante y después del proceso de adaptación.
- ▶ Las fronteras relacionales: Nosotros y los Otros.
- ▶ Qué pasa cuando regresan a su país de origen.
- ▶ El pertenecer, y la identidad: ¿De dónde son los que van y vienen de aquí para allá?
- ▶ Los duelos específicos de las migraciones transitorias.
- ▶ El retorno al país y sus dificultades específicas.

Para este trabajo se han combinado una serie de factores: en lo personal, he pasado por la experiencia de cuatro migraciones transitorias. Además, he recogido desde hace más de diecisiete años testimonios de integrantes de familias en tránsito, trabajando con ellos sus dificultades en la adaptación.

Esta última tarea la llevo a cabo con cónyuges e hijos de familias funcionales, que han pasado por etapas de mucho estrés y al que han podido hacerle frente.

Comprobando, de esta forma, que la prevención es posible, hago extensiva la experiencia al papel, esperando que los distintos testimonios sean de ayuda para otras familias que tengan que pasar por la misma situación, como así también sirvan de aporte a los profesionales de la salud mental que vayan a ser consultados por familias “en tránsito”, potenciando las ventajas y conociendo las desventajas que esta circunstancia acarrea.

- I -

Las familias en tránsito



► Características generales

Gran parte de la migración profesionalmente cualificada consiste en lo que se denomina “profesionales transeúntes” es decir ejecutivos y profesionales enviados por sus respectivas empresas, o sus respectivos gobiernos en el caso de los diplomáticos, para trabajar en filiales extranjeras, o como delegados en otras compañías, como funcionarios para las embajadas u organismos internacionales, o bien como expertos enviados por las organizaciones internacionales para que trabajen en programas de ayuda.

La migración profesionalmente cualificada aumentó rápidamente en los decenios de los ochenta y de los noventa y constituye un elemento clave en el proceso de globalización (Castells, 1998).

Gran parte de ese desplazamiento es más bien efímero (desde unos pocos meses hasta cuatro o cinco años) y muchos profesionales se llevan a sus familias con ellos. Toda la familia, entonces, se convierte en una familia transeúnte o familia en tránsito.

En estos casos la migración internacional ya no es una situación de vida excepcional, sino que se convierte en una forma de existencia.

Es por ello que las familias en tránsito *son* diferentes de aquellas que no lo son. Han pasado y pasan por situaciones que las hacen distintas a la gran mayoría de las familias que no han pasado por esas experiencias.

Gran parte de la gente afectada por esta realidad tiende a minimizar o negar este hecho. Así, se le resta importancia a los esfuerzos que se realizan para reacomodarse y adaptarse a las nuevas situaciones, y dejar lo que hasta entonces era su hogar, su país, lo cotidiano, con el fin de transformar el nuevo lugar, hasta allí perfectamente desconocido, en el hogar, el país y lo cotidiano.

Este dato de la realidad, si se niega, minimiza o si se silencia, volverá actuado, en forma de síntoma, en todos o en alguno de los miembros de la familia, en cuyo caso se investirá como *paciente índice*. Este paciente índice absorberá la calidad de “visitante” (el extraño), mientras que el resto de la familia será “local”.

La familia tendrá la sensación de que se adapta rápido, y que la adaptación es “fácil”, que el país es fácil, mientras que el que será “difícil” es ese integrante de la familia al que le cuesta (el adolescente, el niño difícil, la mujer histérica). La situación no será lo difícil, sino el miembro de esa familia que absorberá toda la dificultad, haciéndose cargo del problema en general.

Ángeles era una niña de 5 años, hija de diplomáticos uruguayos, la mayor de tres hermanitos. Los tres habían nacido en Francia y al ser trasladados nuevamente al Uruguay, los padres –muy preocupados en no causarle angustias– decidieron no decirle nada del cambio. Así, llegaron a Uruguay como si no pasara nada, nadie hablaba de lo que habían dejado, ni de lo que les estaba costando readaptarse: otra vez la convivencia con la familia extensa, la nueva realidad del país, etcétera. Todos estaban como si nada, pero Ángeles desarrolló una alopecia severa, su pelo se comenzó a caer, se quedó sin raíces.

En este caso, en donde estaba el silencio de los padres, la cabellera de Ángeles hablaba. Cuando los padres, finalmente, pudieron hablar del esfuerzo de adaptación, de la tristeza de dejar a los amigos y lo conocido, no sólo entre ellos sino también con su hija, la alopecia cedió.

La gran mayoría de las *familias en tránsito* se desplazan debido a que la madre o el padre de la familia tienen una oportunidad de trabajo que los lleva a salir de su país de origen, cambiando de sede con cierta frecuencia. Esta oportunidad generalmente trae consigo una mejora en el desarrollo profesional y en lo económico. Desde un aspecto personal, los directivos de empresas buscan ser transferidos a otros países por varias razones: mejores compensaciones económicas, nuevas experiencias, estándares de vida más altos, en especial en aquellos países en los que se convertirán en parte integrante de la elite social. También se destacan la oportunidad de aprender diferentes idiomas y culturas, y obtener cargos con mayores responsabilidades (Álvarez, 1998).

Hace no tantos años, la mayoría de los ejecutivos internacionales eran hombres, y las mujeres funcionarias internacionales eran una excepción. Hoy en día esto se ha transformado siendo la proporción prácticamente cincuenta por ciento hombres y cincuenta por ciento mujeres.

Las mujeres funcionarias, a diferencia de los hombres, tan sólo en una proporción menor se trasladan acompañadas de su familia, ya sea porque son solteras o separadas, o bien porque el marido no acompaña en forma permanente. En efecto, todavía hay un fenómeno observable: al hombre le cuesta mucho más seguir a la mujer por trabajo que al revés. También encontramos mujeres funcionarias con familias sin esposo, madres de familia solas.

Sin embargo, existen también los casos en que los hombres acompañan a sus mujeres, tomando muchas veces roles que en general son históricamente femeninos. A esto me referiré más adelante en detalle al analizar la particularidad de la mujer funcionario internacional y su cónyuge como acompañante.

“A consecuencia del desarrollo cultural de las últimas décadas han cambiado mucho las premisas para el estereotipo masculino y femenino. Ahora ambos, la mujer y el hombre, se encuentran en una profunda transformación respecto de la función específica de cada

uno de los sexos. Entonces, en esta situación, son víctimas de una postergación, en virtud del cónyugue... Hoy ya no se tiene en cuenta más que el propio rendimiento” (Jurg, 1978). Antes “detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer”. Hoy, ésto ya no se escucha más, cada uno se ocupa mucho más de sí mismo.

En la diplomacia, otro fenómeno observable es el de las parejas de funcionarios, en dónde ambos pertenecen a la carrera o a la función diplomática, en cuyo caso los roles son más repartidos.

En cualquiera de las situaciones descritas, el proceso de expatriación puede fracasar. En su gran mayoría, estos fracasos se deben a una falta de adaptación (a nivel personal y familiar) al nuevo entorno cultural, y a la incapacidad del funcionario de hacer frente a sus nuevas responsabilidades. Por tanto, el expatriado no sólo debe recibir una preparación para el cargo que ocupará, sino que también se debe incluir a su familia en la formación sobre el impacto cultural que sufrirán.

En las familias en tránsito, el traslado por lo general se debe al trabajo del funcionario, que entonces, al llegar al nuevo lugar, tiene ese punto de referencia (la empresa, la embajada, el laboratorio). Este es un lugar de contención, una base segura.

El cónyuge, por su parte, se ocupa de la casa y de los hijos y de la instalación de la familia en el nuevo lugar. Hay cónyuges que experimentan esta realidad sin problemas: ocupando el rol de organización se sienten satisfechos, y pueden asumir los desafíos que ello implica. En estos casos, el cónyuge asume este papel en el convencimiento que es su parte en el trabajo que motivó el traslado, que por lo tanto pasa a convertirse en un trabajo familiar.

Hay otros cónyuges que este papel no les sienta tan cómodo. Por lo general se trata de personas que han estudiado alguna carrera o tienen un trabajo u ocupación que debe ser abandonado en el momento del traslado. Ahí pueden surgir problemas que resultan de la contradicción de estas dos variables (carrera propia versus seguir al cónyuge). La decisión de acompañar en un traslado a la pareja no

implica que la contradicción desaparezca. Es más, la misma se puede profundizar cuando el cónyuge debe ocuparse de la instalación familiar, ya que pueden sentirse desubicados o anacrónicos.

En general, el cónyuge que se ocupó de la crianza casi siempre tiene que contentarse con trabajos subordinados, mientras que los funcionarios pueden ejercer una carrera profesional gracias al empleo sistemático de todas sus fuerzas y a la ayuda de sus parejas.

Por consiguiente no se puede considerar, sin más ni más, como trastorno neurótico cierto el que en algún momento el cónyuge reaccione con celos, envidia y tendencias destructivas. Dentro de estas parejas, en donde la subordinación de uno a la carrera del otro es muy clara y permanente, y por lo tanto es muy difícil que haya un desarrollo profesional para ambos, es muy alta la cantidad de divorcios o separaciones. Las empresas dan muchos beneficios a sus directivos y exigen en consecuencia. Hay veces en que el funcionario debe viajar considerablemente y ausentarse de la casa y es el que queda quien debe quedarse a cargo de la familia, ya que *“papá tiene que ir a trabajar”* o *“mamá tiene que ir a trabajar”*. Se debe tener en cuenta, además, que muchas veces el funcionario debe presentarse a su trabajo desde el primer día de arribo al país.

Liliana, una argentina de 40 años relata, *“Cuando llegamos a Venezuela, hacía tres meses que mi marido estaba allá, y no pudo venir a recibirnos, llegamos al aeropuerto y estaba una secretaria y el chofer de la compañía, la verdad es que no sabía qué decirle a mis hijos, estaba estupefacta...”*.

Este tipo de familias funcionan con la típica ideología de parejas tradicionales en las que la mujer (o el que ocupa la posición típicamente femenina en la familia) se ocupa de todo lo que es “adentro” y el otro de todo lo que es “afuera”. El “adentro” son los niños, las cuestiones domésticas. Eso lleva al rol solitario del ama/o de casa.

Muchas empresas u organismos internacionales o gubernamentales no tienen en cuenta la carrera profesional del cónyuge ni la

situación laboral del trabajador. De acuerdo al último estudio de Price Waterhouse Coopers sobre los traslados internacionales, de cada diez fracasos de empleados expatriados, ocho se producen como consecuencia de la inadaptación de la pareja al nuevo ámbito (Canales, 1999).

Aunque tiene poderosos beneficios secundarios para cada protagonista, esta situación es fuente importante de conflictos de pareja. Pero sobre todo, en tanto atraviesa el subsistema hijos, genera en ellos y en los vínculos que tienen con los padres, zonas de confusión y de silencio, promueve conflictos de lealtades, sobrecargas y dificultades para la individuación (Troya, 2000).

La flexibilidad es una característica determinante. Las familias flexibles afrontan más fácilmente los cambios y se adaptan mejor a ellos, las que no son suficientemente flexibles experimentan conflictos y la consiguiente aparición de síntomas en los períodos de transición. Habitualmente, hay que ayudar a estas familias a establecer una sensación de continuidad y competencia.

La adaptabilidad de una familia se halla, por lo tanto, íntimamente ligada a su grado de flexibilidad y su aptitud de cambio.

Olson (1986) define la adaptabilidad de una familia como la capacidad de un sistema conyugal o familiar de cambiar su estructura de poder, relaciones de roles y reglas de relación en respuesta al estrés situacional o evolutivo.

Una familia migrante necesita como equipaje básico una buena cuota de adaptabilidad. Las familias migrantes suelen ser muy unidas y cerradas en sí mismas. Pasan mucho tiempo “solas”.

Los cambios que se suceden pasan por diferentes niveles, y la familia va sorteando los vaivenes, las pérdidas, los beneficios. Cada integrante de la familia que emigra temporalmente pierde muchos de los roles que desempeñaba en su comunidad, como miembros de un grupo familiar extenso, de un grupo de trabajo, de un grupo de amistades (si bien no se han ido definitivamente, en lo cotidiano, en el aquí y ahora, no están).

Sólo una buena relación consigo mismo, una buena cohesión familiar, la aceptación de las pérdidas y la elaboración de los duelos, permitirá integrar de manera discriminada los distintos países, los distintos tiempos, las partidas y los regresos, los grupos de antes y los de ahora, lo que dará lugar a la reorganización y consolidación del sentimiento de identidad, que corresponderá a quienes siguen siendo ellos mismos a pesar de los cambios (Cervantes, 2000).

Marina llegó a Bruselas desde Lanús, provincia de Buenos Aires. No hablaba francés, hacía poco tiempo que se había recibido de psicóloga, recién casada, su marido había sido destinado a Bélgica, e iban a estar ahí por dos años. Al poco tiempo de llegar por casualidad conoce a un psicólogo argentino, que le ofrece hacer una pasantía en una comunidad terapéutica en la que él trabajaba. Ella se sintió entusiasmada, pero entendía muy poco el idioma y lo hablaba aún peor. “... *había días en los que me sentía muy mal, ya que no lograba entender muy bien lo que pasaba y me sentía muy incómoda y extraña, y me preguntaba que estaba haciendo allí. Algunas veces sentía que no podía más y que no iba a seguir..., sin embargo seguí yendo todos los días hasta que terminó la pasantía, con una sensación muy especial, algo así como: “si pude con esto, puedo ser capaz de hacer cualquier cosa...”*”.

Así, mientras que por un lado se sienten sentimientos de pena y dolor por lo que quedó atrás, por otro lado, al poder superar lo que resulta tan difícil, se apodera de uno una sensación de fuerza, de verse capaz de abordar el control del propio destino, de que nada es imposible.

Familias en donde el funcionario es la mujer

Entre los expatriados, se puede observar cada vez con mayor frecuencia familias en donde la mujer es la “funcionaria” y el hombre es el que acompaña.

Una de las primeras preguntas que surgen al pensar en este tipo de familias es: ¿Es más difícil para la mujer que para el hombre salir al exterior?

Juana responde: *“Hemos mejorado mucho, especialmente en el ingreso a la carrera, hace 20 años había cupo, no ingresaban más de tantas mujeres. Ahora, hay equilibrio... Otro avance es que no hay destinos vedados a las mujeres.”*

Como dice este testimonio, en los últimos diez años el porcentaje de mujeres becarias del Instituto del Servicio Exterior argentino se incrementó fuertemente respecto del promedio de los 30 años anteriores, llegando al 60% de los funcionarios en la promoción XLIV. Como resultado de ello, las familias en las que el funcionario es la mujer, o en la que ambos son funcionarios, crecieron fuertemente.

En las familias en donde el funcionario es la mujer se da una inversión de roles convencionales. Es el hombre el que se ocupa del “adentro” de la casa y de funciones que son comúnmente atribuíbles a la mujer. Es el nuevo amo de casa.

Viviana, diplomática de 30 años relata: *“No es tan fácil conseguir ‘maridos portátiles’. A un varón no le ‘resta’ tener una esposa acompañante, pero para la mujer diplomática la cuestión es distinta. El marido acompañante todavía es tabú. No es necesariamente el varón que se siente mal en acompañar (aunque puede ser el caso). Es el entorno social el que mide las dos situaciones con distinta vara.”*

En general para nuestra cultura es muy difícil que la mujer pueda delegar sin culpa las típicas “obligaciones” de las madres, llevar a sus hijos al colegio, ayudarlos en las tareas, ocuparse del pediatra, del supermercado, de la cocina etc., tareas que son típicamente femeninas. Es igualmente difícil que el hombre asuma esas tareas sin sentir que hay una mirada social que lo pone en una situación por lo menos incómoda.

Jorge Luis, cónyuge de diplomática *“Cuando salimos al exterior todo fue mucho más exigido de lo que creía. Yo pensaba que iba a poder salir a trabajar, pero cuando llegamos mis hijos tenían 3 y 5 años y ahí me di cuenta que no iba a ser posible, por lo menos al principio. Mi mujer estaba mucho menos dispuesta para las cosas de la casa, mientras que la familia extensa, que siempre ayudaba, no estaba. Entonces no me quedó otra, tuve que aprender todos los detalles de la instalación de la casa”*.

La situación de la familia en donde la mujer tiene que salir rápidamente a trabajar y ocuparse de sus funciones hace que esas tareas deban ser asumidas por el hombre que, muchas veces, no está preparado práctica y mentalmente para ello.

Ante la inminencia de un traslado, esta situación que aparece como inevitable, debe ser previamente conversada por la pareja, por lo menos para ayudar en esa preparación sobre lo que se viene. No obstante, lo más probable es que la realidad supere ampliamente todo lo que pudimos anticipar al respecto, entre otras cosas porque este nuevo rol se dará en un contexto desconocido y de cambios, los que son desarrollados a lo largo de este trabajo.

La anticipación de estas situaciones, así como una franca comunicación acerca de cómo cada uno se siente en el nuevo rol una vez en el nuevo destino, son fundamentales. El silencio, lo no dicho, es el padre del resentimiento. Hace que la pareja se distancie, en una instancia en la que es imprescindible hacer equipo.

Marcela relata: *“Al principio fue complicado, yo llegaba del trabajo y me empezaba a ocupar de la cena y mi marido con muy buena predisposición me preguntaba ¿te ayudo en algo? O sea era **mi** obligación y eso me confundía mucho. Yo estaba mal, pero no entendía porqué, si mi marido era un amor. Ayudó mucho que pudiéramos hablar del tema y hacer una división de tareas precisa y clara”*.

En la pareja debe haber mucha conexión y comunicación para que cada uno se sienta bien en el cambio de roles y no se sienta desubicado o inferior.

“Para que vos estés en la Embajada yo tengo que estar acá, y mi función es tan importante como la tuya”. Esto sería lo que tácitamente está implícito en la distribución de roles.

Para el hombre, el cambio de roles es complejo porque en general las mujeres están más preparadas que los hombres para congeniar con el trabajo del hogar sin desesperarse. El cerebro típicamente femenino esta mucho más diversificado que el del hombre. En este sentido el hombre tiene que hacer un mayor esfuerzo de adaptación.

Los hombres tienen que aprender a organizar las actividades contemplando las demandas cotidianas y a movilizar recursos para afrontarlas, sobre todo porque estas situaciones cotidianas tendrán como regla lo imprevisto y como referencia el contacto con un mundo exterior desconocido, que es el que deberá proveer las soluciones a estas nuevas situaciones.

Relata Juan, 37 años: *“Una de las situaciones más molestas era cuando iba a buscar a los chicos al colegio, todas las mujeres se juntaban en la puerta para hablar de cosas, que ciertamente no me interesaban, ni siquiera entendía bien el idioma, así que era muy incómodo. La verdad es que no me gustaba mezclarme, me quedaba en el auto hasta el último minuto y siempre los buscaba apurado”.*

Además de las dificultades que debe afrontar el hombre cónyuge, la mujer funcionaria siente que pierde el control sobre su casa y ésto le genera mayor ansiedad y aumenta su sentimiento de culpa.

Por otro lado, como en el exterior la mayoría de los cónyuges de funcionarios son mujeres, las actividades que ellas realizan no suelen ser de interés de los hombres (juntarse a tomar el té, llevar a los chicos a cumpleaños, o a la plaza, etc.) por lo cual los hombres están mucho más “por su cuenta”.

Reflexiona Mariela: *“antes los maridos que acompañaban eran muy pocos y básicamente se reducían a artistas, millonarios y vagos, hoy en día hay muchas profesiones que se pueden ejercer en distintos lugares, muchos trabajos se pueden hacer vía internet”.*

Cuando el hombre o trabaja en la casa y, por lo tanto, se ocupa del hogar y de los niños mientras la mujer trabaja fuera de casa, la autoestima del hombre puede disminuir y éste tiende a deprimirse, angustiarse o a estar constantemente frustrado y enojado.

Hay muchas veces en las que resulta incómodo estar dando explicaciones acerca de esta “diferente” distribución de roles.

Dice Rubén, cónyuge de diplomática: *“algo que nos ocurre con frecuencia, es que cuando alguien nos presenta a un tercero, es una forma usual de decir –Ahh... estos son Fulano y Fulana, de la Embajada Argentina... Invariablemente me preguntan a mí, qué hago en la Embajada. Evidentemente, la matemática ‘pesa’ y es cierto que todavía hay más ellos que ellas en este ambiente”.*

Algunas mujeres sufren la contradicción interna entre la gratitud de saber que pueden desarrollar sus carreras con el apoyo de sus parejas, y ser las que hacen la función de ser proveedoras, posición típicamente masculina en nuestra sociedad.

Con frecuencia, la situación en la que es la mujer la que trabaja, puede crear importantes conflictos. Ella es la que aporta el sustento familiar, por lo que puede tomar un rol de superioridad, y a veces puede reaccionar negativamente ante la respuesta emocional de su pareja, si éste se siente disminuido.

En las parejas en las que los roles están cambiados, ambos de alguna manera “defraudan” el mandato social: la mujer que es la que **debe** criar a los hijos y el hombre que es el que **debe** proveer el sustento.

Sin la prevención necesaria de posibles conflictos, el desafío de este mandato social puede, en algunos casos, disparar depresión,

irritabilidad, falta de deseo sexual, somatizaciones, adicciones. Para evitar ello es imprescindible una buena contención y seguimiento de la familia.

Es muy importante que la mujer tenga en claro que ir a trabajar, no ocuparse tiempo completo de sus hijos, es también otra manera de ocuparse de sus hijos desde una distancia protectora.

Si ambos no comparten esto ni la idea de formar un equipo, no será bien transitada la experiencia. La pareja debe funcionar como un verdadero equipo, que requiere de división del trabajo, de acuerdo a las necesidades cambiantes de la familia.

Una de las funciones primordiales de la pareja es la de complementarse, “vos tenés lo que yo no tengo, yo te apoyo en lo que te falta”. Esta dinámica permite ser más fuertes juntos que separados. Y ello es independiente de quién es el funcionario y quién se ocupa de la casa.

► **Etapas del desarrollo, crisis vitales y familias migrantes**

Las etapas del desarrollo con sus crisis vitales son esperables e inherentes a todos los individuos.

Surgen desde la naturaleza misma de la biología y de la sociedad y atraviesan la estructura familiar.

La familia, entonces, combina el entrecruzamiento de las etapas de crecimiento de cada uno de sus miembros con las etapas y el movimiento intrínseco de ella misma. Estas etapas, tanto las individuales como las de una familia, se muestran en el siguiente cuadro:

Individuales	Familiares
Infancia	Matrimonio sin hijos
Adolescencia	Procreación
Adultez	Crianza
Vejez	Emancipación de los hijos
	Nido vacío

Estas etapas producen cambios a los que deberá adaptarse la organización formal (o simbólica) de una familia. Son cambios de composición que exigen una reorganización de los roles y las reglas (Falicov, 1991).

El desarrollo familiar demanda una gran disposición simultánea para poder responder, plenamente, a los cambios en uno mismo y en los otros. Desde luego que, a menudo, resulta difícil responder a esta demanda. Así, cada uno de los miembros de la familia se desliza de una etapa a otra atravesando las distintas crisis (cambios) que hacen posible el crecimiento.

Para la mejor comprensión de las familias en tránsito es imprescindible situarse en la multiplicidad de variables que nos permite esta conceptualización.

Uno de los rasgos distintivos en las familias migrantes es que estas crisis –perfectamente normales y esperables, aunque no por eso fáciles–, son vividas como si fueran causadas por las sucesivas mudanzas y no como crisis que todos deberíamos esperar. Claro que, en el caso de estas familias, también se suman las crisis propias de los traslados.

Me ha tocado escuchar muchas veces a padres de adolescentes muy preocupados por conductas “inquietantes” de sus hijos, que, ellos suponían, se debían a los traslados. Sin embargo, en realidad no eran más que conductas típicamente adolescentes. Este sencillo ejemplo demuestra la importancia del trabajo con las familias migrantes: mencionar que las crisis vitales nos atañen a todos. Normalizarlas. Comprender qué son y cómo se apoyan unas sobre otras y cómo, por sobre éstas, se van a entrecruzar las crisis propias de los arraigos y desarraigos inherentes a las mudanzas.

Claro que los efectos de un traslado serán diferentes para cada grupo familiar y según la etapa que estén atravesando sus miembros: no será igual para los niños, si éstos son bebés o pre-púberes, y no será lo mismo para las parejas, si éstas están recién casadas o tienen veinte años de matrimonio.

También los efectos diferirán si se trata de la primera mudanza o la quinta. De cualquier manera, siempre habrá algún integrante familiar más afectado que otro. Dependiendo de la etapa del ciclo vital en la que se encuentre, la mudanza los afectará de una manera especial.

Infancia

De alguna manera se podría pensar que los niños pequeños tienen más facilidad para las mudanzas ya que su mundo es su familia de origen. Entonces, lo más significativo, lo más referencial, se muda con él.

Lo que habrá que tener en cuenta, sobre todo en los más pequeños, es el estado de ánimo de los padres, sobre todo el que pase más tiempo con él, de cómo éste experimente la mudanza. Esta vivencia será transmitida ineludiblemente al niño. De esta manera, el pasaje del niño pequeño de un país a otro, estará estrechamente ligado a cómo los padres hagan frente al estrés que el traslado inevitablemente provoca.

En los distintos relatos de adultos que en su infancia fueron niños de familias en tránsito, el recuerdo negativo de algún país siempre coincidía con el hecho de que a los padres nunca le gustó ese destino o tuvieron muchas dificultades para adaptarse a él.

También es fundamental tener en consideración el grado de comunicación que existe hacia los niños. Como las mudanzas “no son cosas de niños” sucede muchas veces que los padres no creen conveniente, no saben o no pueden hablar abiertamente con sus hijos de los traslados. Hay ocasiones en que los padres les tienen mucho miedo a sus niños y sienten que con “esta vida” les están causando un mal terrible.

Entonces, esta preocupación por ellos los lleva a ocultarles cosas, por lo que la incertidumbre de los niños será aún mayor que la que viven los padres.

Estos, preocupados en no preocuparlos, les crean una inquietud más grande.

Mariano de 3 años comenzó a ver que en su casa se vendían y regalaban cosas. Claro que a él nadie le había informado qué pasaba. Cuando regalaron al perro, se acercó muy preocupado a su madre y le preguntó si a él también lo iban a regalar.

El crecimiento en la infancia entraña en todos los niños un júbilo por lo nuevo, por explorar y descubrir, también supone tristeza y ambivalencia por la pérdida de su omnipotencia: descubren que hay cosas que ya no logran hacer, ya sea porque no pueden (se lo impide su estatura o falta de fuerzas) o porque sus padres no los dejan. Supone, a la vez, la ganancia de lo nuevo y la pérdida de lo viejo. Esta dimensión importantísima del proceso evolutivo se halla, en los niños en tránsito, subrayada por las pérdidas y las ganancias geográficas y de contexto (colegio, vecinos, amiguitos).

Los niños pequeños no tienen la misma capacidad de anticipar que los más grandes. Por ejemplo, el niño, en los primeros meses de vida, cuando la madre sale, llora desesperado, porque no sabe que va a volver, no puede anticipar el regreso. La madre se va y es el vacío.

Por ello, la mudanza sin palabras ni explicaciones y sin contención puede transformarse para el niño pequeño en pura pérdida. Una tropa de hombres con uniforme que vienen a embalar toda la casa puede ser una experiencia amenazante y violatoria para un niño, si se mira desde afuera sin ninguna palabra o gesto que medie, explique y contenga.

Adolescencia

Una crisis de desarrollo por excelencia es la adolescencia, pasaje de niño a adulto, dolorosa y excitante travesía.

Siguiendo las ideas de Arminda Aberastury (1983), podemos decir que el adolescente realiza tres duelos fundamentales: a) duelo por el cuerpo infantil perdido, siente sus cambios como algo externo frente a lo cual se encuentra como espectador impotente de lo que ocurre en su propio organismo; b) duelo por el rol y la identidad infantiles, que implican una toma de responsabilidades que antes desconocía; y, c) duelo por los padres de la infancia que también tienen que aceptar su envejecimiento y el hecho de que los niños ya no son niños.

“Es el tiempo en que se impone el desasimiento de los lazos parentales que paradójicamente sólo se logra si se cuenta con las marcas paternas” (Hillert, 1998).

Ya el polo de identificaciones no está en la casa como en la infancia (madre, padre, hermanos). Es el momento de salir, de buscar afuera, de despegarse de los padres y descubrir el mundo. De esta manera, el adolescente se mueve entre el impulso del desprendimiento de los padres y la defensa que le impone el temor a lo desconocido.

A los adolescentes en tránsito, cuando se tienen que trasladar, se les suma el duelo por el grupo de pares y la geografía. Y se complica, porque dejar a los amigos, novios, clubes, deportes que se practican en virtud de una geografía y una cultura determinada, es dejar una imagen, un reflejo, un referente, en plena búsqueda de identidad.

Ese reflejo que al adolescente le devuelve quién es él, en el momento en el que la imagen del hogar ya no es lo que más necesita o justamente es una imagen de la que busca desprenderse. Es entonces cuando los adolescentes reaccionan y se enojan con sus padres. Los jóvenes sienten que tienen razón en esa rabia, mientras que sus padres se debaten entre las culpas y las reediciones de sus propias ansiedades adolescentes y se encuentran perdidos entre las razones de sus hijos, y sus propias razones.

Marina de 16 años estaba “de novia” cuando llega el traslado. Esto crea una verdadera crisis en la madre, que se debatía entre estar alejando a su hija de “el amor de su vida”, y la culpa de hacer un daño irreparable. La madre con una testarudez adolescente, hacía que ella y su hija tuvieran enfrentamientos, de igual a igual, donde la madre no podía poner un orden de prioridades, sumida en una angustia paralizante. Ya no podía soportar escucharla. La madre ya no podía contener a su hija que necesitaba más que nunca de su escucha y contención.

Es un período de contradicciones, confuso, ambivalente, doloroso, caracterizado por fricciones con el medio familiar. Empiezan las justificaciones para todo tipo de trasgresión. Los hijos culpan a los padres porque son arrancados de su vida sin ser consultados, sin tener voz ni voto, en un momento en el que se trata por sobre todas las cosas de hacerse oír. El dolor es genuino.

Es un tiempo duro y de mucha soledad. Es un momento donde la identidad es muy frágil y la necesidad de un marco de referencia seguro y compartido se hace muy necesario.

Por eso será, de todos, el momento más complicado para la familia en tránsito. Los hijos deciden que ya no quieren acompañar más a sus padres en esa *gitanería* loca, pero no son autónomos como para quedarse solos. Comienzan luchas internas de las que no siempre se sale bien.

El adolescente es especialmente vulnerable para asimilar los impactos proyectivos de padres, hermanos y amigos. Es un receptáculo propicio para hacerse cargo de los conflictos de los demás y asumir los aspectos más sensibles del medio en que actúa. Por eso, es lo más factible que en la familia migrante sea el adolescente el que represente el malestar que la mudanza irremediablemente trae consigo.

En virtud de la crisis esencial de la adolescencia, esta edad es la más apta para sufrir los impactos de una realidad frustrante.

Los padres son juzgados por sus hijos, y son padres culpógenos. Los hijos sienten hostilidad hacia sus padres y sienten que no son

comprendidos. Esa misma desidealización de las figuras parentales los sume en el más profundo desamparo.¹

Cuanto más conciencia tienen los padres de sus propias limitaciones y necesidades, tanto más son capaces de responder a sus hijos. Cuanto más se enfrenten con la aceptación del crecimiento de los hijos, y la ambivalencia y resistencia que esto puede implicar, más conectados estarán con sus propias limitaciones por el paso del tiempo y de ahí podrán sacar experiencias y claridad para atravesar este difícil momento de crecimiento.

Reconociendo lo que se pierde y teniendo en cuenta la capacidad para reconstruirlo, tratando juntos de crear una estrategia común para recrear un grupo de pares en el nuevo destino.

Las crisis, al no discutirse lo suficiente, hacen que las personas que las experimentan se sientan aisladas, confundidas o culpables y creen ver en ellas algo malo y quizás hasta anormal (Pittman, 1991).

Adultez. Emancipación de los hijos. Nido vacío

En el marco de una teoría vincular es imposible tomar a cada una de las etapas como compartimentos estancos. En la vida adulta, los vínculos con los niños ponen en tela de juicio lo que estaba “establecido” y suscitan respuestas cambiantes a lo largo del ciclo vital.

Asimismo, las distintas realidades que pueden ir planteando los diferentes países, también pondrán en tela de juicio modelos establecidos de la familia. De esta manera esa familia tendrá que asumir las diferencias flexibilizando sus pautas o volviéndolas más rígidas, según sea su estructura y modalidad.

1. La adolescencia de los hijos coincide con la edad madura o adultez de los padres. Crisis por los dos lados.

Una madre una vez me preguntó: ¿Quién nos enseña a ser padres de adolescentes?

La contraparte de los adolescentes, Adolescencia: Dícese de la etapa de la vida en la cual los padres se ponen insoportables.

Para dar curso a los cambios durante las transiciones en el ciclo vital de la familia, los adultos tienen que confrontar las antiguas experiencias que tuvieron, como hijos, con sus padres, y las que tienen actualmente con sus hijos en su calidad de padres. En el desarrollo normal de una familia, el crecimiento incluye la pérdida de viejas pautas de relación y la adquisición de nuevos aprendizajes.

La etapa de la adultez es un momento de transición, de replanteo de la vida y de duelo por varias pérdidas. Los hijos ya son más independientes. Comienza la etapa universitaria, y con ella las separaciones, que se dan, por lo general, por causas prácticas (la universidad se empieza y termina en un país y puede ser que no coincida con la nueva residencia de los padres). En este caso la separación no es producto de una consecuencia gradual madurativa. Los hijos se quedan solos, a veces, demasiado pronto y los padres experimentan un síndrome de nido vacío precoz, antes de que estén listos, ellos y sus hijos, a que los pichones salgan a volar.

Este “nido vacío” se ve forzado por la situación, ya que si los hijos tienen que quedarse estudiando en otro país se separan de los padres antes de que unos u otros, o ambos, estén listos. Aquí se da una situación complicada ya que en general, cuando se trata de un funcionario hombre, la mujer se siente tironeada entre el hijo o los hijos que quedan solos y su pareja y su carrera. Hasta no entender para qué se sigue acompañando a su pareja, si los hijos están tan lejos y la necesitan.

Catalina G. atraviesa una depresión enorme al tener que dejar a una hija que estaba en la universidad en su país de origen y partir junto a su marido y a su hija menor a otro país. Si bien sabía que su hija había quedado bien cuidada en casa de una hermana suya, no podía dejar de sentir la fractura de su familia, cayendo en una grave depresión y viajando todo el tiempo de un país al otro sin estar en ningún lado, viviendo literalmente en tránsito.

Aquí, comienza un tiempo complicado para el matrimonio que se encuentra solo por segunda vez. Se puede observar un dilema en la

pareja: en este momento el hombre, funcionario, ha progresado en estatus y posición y se vuelve más atractivo para las mujeres jóvenes, mientras que las mujeres de la misma edad, cuya autoestima depende más de la apariencia física, se pueden encontrar menos atractivas que los hombres, aquellos a los que sienten que han seguido por el mundo, les han criado los hijos, y que se han olvidado de ellas.

Empieza una etapa de balance y replanteo, sobre todo para las mujeres, que sienten que han dejado su vida en manos de otro. La mujer se encuentra con el marido, solos. Han pasado años, muchas experiencias. Se hace una revisión del pasado. Se analiza cómo ha transcurrido la propia vida y cómo se quiere continuar.

Si bien la ausencia de los hijos afecta al padre y a la madre, es en la mujer en quien repercutirá de manera estrepitosa.

En el caso en el que es la mujer la que acompaña al marido funcionario, ésta madre en tránsito, por lo general, no ha podido desarrollar su profesión y sólo se ha dedicado a los hijos y al marido. El trabajo de las adaptaciones familiares ha caído casi completamente en sus manos, y eso la ha mantenido ocupada, casi olvidada de sí misma.

Las mudanzas no le han permitido continuar con su profesión. Toda una vida se ha ido construyendo en torno a sus hijos, atenta a sus etapas evolutivas, a sus horarios, estados emocionales, a sus éxitos y fracasos.

La salida dependerá de la pareja y de cómo estructure esta nueva realidad. El éxito o el fracaso de esta fase se verá muy influido por lo que haya ocurrido en las precedentes, de cómo sea el nivel de diferenciación en esa familia, y de cómo se hayan atravesado los distintos estadios evolutivos, que en las familias migrantes son muy recortables.

Cuando uno se despide de un lugar se despide de una etapa de la vida.

Para la familia en tránsito, las fases de crecimiento están muy marcadas, ya que se llega a un país con determinadas características

en lo evolutivo, y se parte a otro en otra etapa de la evolución. Entonces, cada etapa de la vida se encuentra claramente asociada a un lugar diferente, a una geografía, hasta a un olor diferente.

Las despedidas y los duelos evolutivos se encuentran muy mezclados. Dejar un país implica dejar a unos hijos que llegaron siendo bebés y se van siendo niños, o llegaron niños y se van adolescentes.

Las transiciones, entonces, se ven forzosamente marcadas por las geografías. Las familias que nacen y se desarrollan siempre en el mismo lugar no perciben con tanta claridad el paso del tiempo, de una etapa a la otra en el ciclo vital. En las familias en tránsito esto se evidencia en una cantidad de “detalles” que se ponen de relieve y de manifiesto al hacer la mudanza.

Todos sabemos que, cuando se hace una mudanza, se hace una limpieza profunda, que implica una revisión de nuestras cosas, de lo que sirve o no, de lo que irá a la nueva casa.

De alguna manera uno siente que empieza una limpieza de su propia vida, dejando cosas, que cree que ya no va a necesitar, con la ilusión de “empezar de nuevo”.

Los objetos guardan gran parte de nuestra historia. Cuando uno se deshace de una cuna es evidente que ya no habrá más bebés en una casa. Lo mismo sucede con los libritos, o el triciclo.

Estos objetos nos recuerdan lugares, personas, momentos, íntimamente ligados a los ciclos vitales, a sus crisis y variaciones.

Pablo G., de 40 años, entre su tercer y cuarto destino se deshizo de un montón de cartas que guardaba celosamente desde su adolescencia; en ese momento sintió que ya nunca más las necesitaría. Luego, en el nuevo destino, se dio cuenta con tristeza que se había desprendido de un testimonio muy querido de su pasado.

Al realizar una mudanza cada 2, 3 ó 4 años, estas etapas se delimitan con mucha claridad. Cada pocos años se realiza una “limpieza profunda” se revisan hasta el último de los cajones y con ellos

hasta el último recuerdo, con la certeza absoluta de que hay algo que ya no se repetirá mas.

Ya no se estará allí, ya no estará el vecino e inevitablemente, esta marca del paso del tiempo se manifiesta con tal concretud, como si se pudiera tocar el pasar de los años en cada centímetro crecido.

Crisis vitales intergeneracionales

Otra variable a tener en cuenta dentro del ciclo vital, es la intergeneracional, la relación en que se encuentren los progenitores con sus familias de origen.

La familia en tránsito está lejos, y llega un momento en el que un padre de uno u otro cónyuge, enferma y/o muere. Sabemos que dentro de la adultez esto sucede. Nuestros padres se ponen viejos. Y ello no se ve gradualmente: se va viendo como de a golpes.

Forma parte de nuestro ser adulto.

Aunque visitaba a sus padres una vez al año, a Adriana C. siempre la perseguía la incertidumbre de cómo los iba a encontrar. Si bien hablaba por teléfono con ellos semanalmente, tuvo una impresión muy fuerte: *“Un día nos bajamos del avión y eran unos viejitos”*.

La vejez, enfermedad y muerte de los abuelos

Para la familia en tránsito esta es una etapa muy complicada que se vive llena de culpas por no estar. Es una instancia en la que es muy difícil estar lejos.

En la gran mayoría de las entrevistas los momentos más dolorosos se asocian al miedo a que eso ocurra cuando ellos estén afuera.

Aquí las familias que funcionan bien pueden modificar abiertamente sus lealtades –sea con sus familias de origen o con su propios

hijos– a medida que lo requieran los cambios de su ciclo vital, en tanto que las familias disfuncionales no pueden adaptarse a estas nuevas exigencias.

En general estas etapas son muy difíciles y vividas con mucha culpa sin saber bien dónde es que hay que estar. Si con los padres o con los hijos, la enfermedad de un padre teniendo hijos pequeños, la muerte del padre, ¿Me quedo o me voy? Dejar a los hijos ante enfermedad del padre o madre. “¿Dónde es que debo estar?”²

La distancia, respecto de una familia extensa, hace que las relaciones cobren una dimensión distinta. Por eso los duelos se van viviendo como de a capítulos, cada vez que se viaja o se tiene contacto, porque la persona ausente no formaba parte de la cotidianidad.

Aníbal M. perdió a su padre estando en el exterior. Cuando viajaba a su país de origen y veía a su madre y hermanos se daba realmente cuenta de la ausencia. “... de mi padre no vi ni su deterioro, ni su muerte... Cada visita a mi país me acercaba más a su muerte, no porque no lo supiera estando afuera, pero el estar ahí lo hacía más doloroso, diría que más real. Además iba muchas veces al cementerio, porque después no iba a poder... En lo que hace a mi madre y mis hermanos, cuando ya había pasado algún tiempo, sentía en mi casa que mi presencia les hacía más honda la ausencia del viejo.”

El duelo se extiende en el tiempo, porque la persona se enfrenta con la ausencia de una forma pausada y sostenida. Y con los efectos de esa ausencia en su familia extensa. Los duelos se viven separadamente, y muchas veces la distancia acentúa un desfase entre los distintos miembros de la familia que puede darse simultáneamente en un proceso de duelo compartido.

Compartir el reconocimiento de la muerte, así como la experiencia de la pérdida, ayuda ver en los demás ese proceso, brinda una visión de las distintas fases de duelo por las que van pasando los otros.

2. Preguntas recurrentes, para las que no hay respuesta general.

En un duelo privado no hay referentes. Ni del tiempo ni del momento por el que la familia está pasando. Es un duelo en la distancia y por ende más largo, sostenido y solitario potenciado por la enorme culpa de no estar y no haber estado.

- II -

Mudanzas internacionales



► Un desafío a la homeostasis familiar

El sistema nervioso está “informado” de lo que sucede, mediante señales que provienen ya sea del medio interno o del medio ambiente externo. Interviene en el procesamiento de dichas señales con sus capacidades innatas y con las aprendidas. Todo ello, a fin de mantener lo que Claude Bernard llamó “*la constancia de las condiciones vitales en el medio interno*”, que, a su vez, Walter Cannon describió como una función de auto mantenimiento u homeóstasis y Sigmund Freud como “*principio del placer*” (Fonte, 1998).

Para la teoría sistémica, el concepto de homeostasis se relaciona con la idea de que una familia logre mantener constante, a través del tiempo, sus condiciones de equilibrio. Estas condiciones o modo de equilibrio, como hemos visto, son particulares de cada familia.

En el capítulo anterior, también, se analizaron las crisis en los ciclos vitales familiares. En efecto, a lo largo del ciclo vital familiar surgen distintos acontecimientos que actúan afectando la homeostasis familiar y que exigen mecanismos de adaptación para su recuperación.

La estabilidad más el cambio dan por resultado el equilibrio del sistema. La homeostasis es mantenida a través de la *retroalimentación negativa*, entendida como una fuerza frenadora, obstaculizadora, paralizadora o estorbadora de los cambios. Por otra parte,

encontramos también una *retroalimentación positiva*. En este caso, se trataría de una fuerza facilitadora, motorizadora, promovedora de cambios y de movimientos.

Habría, entonces, dos fuerzas: una hacia el cambio y otra hacia la estabilidad, las que juntas, alternadamente, permiten el crecimiento.

Una familia en homeostasis constante, produciría una rigidez absoluta en su estructura, impidiendo que sus miembros se desarrollen. Paradójicamente, las pautas familiares originalmente destinadas a conservar el equilibrio imposibilitan, en un segundo momento, el crecimiento de sus miembros al mantener rígidamente el statu quo.

Por ello, el cambio requiere que la familia abandone momentáneamente ese estado de homeostasis, para que, luego de producido el cambio, se recree un nuevo equilibrio. De este proceso dinámico de cambio y equilibrio se avanza en un movimiento dialéctico creciente hacia un estado de mayor crecimiento y desarrollo familiar.

En cambio, la falta de homeostasis llevaría al sistema a un estado de caos. Movimiento permanente, sin ningún equilibrio, sin descanso, sin pausas. Se podría hacer una analogía de este “estado” de una familia con las relaciones laborales. En este último caso, la falta de homeostasis se relacionaría con un trabajo sin vacaciones, ni domingos, ni feriados.

Los cambios son provocados por estímulos. Hay estímulos del mundo interno, del mundo familiar, y del mundo externo. Algunos, exceden nuestra capacidad de ajuste. Es allí, cuando nuestra posibilidad de respuesta se encuentra alterada, que nos encontramos ante el fenómeno llamado estrés.

Estrés, stress, distress, es un concepto relativamente nuevo, concerniente a la era moderna. Hay muchas definiciones de estrés:

“Estrés es el resultado de la relación entre el individuo y el entorno. Evaluado por aquel como amenazante, que desborda sus recursos debido a la demanda de **demasiadas** tareas, roles interpersonales y físicos. Y pone en peligro su bienestar” (Lazarus y Folkman, 1986).

“Estrés es la suma de tensiones mentales y físicas a que nos somete cada una de las circunstancias de nuestra vida –desde el nacimiento hasta la muerte–, obligándonos a reaccionar de alguna manera, ya sea que dichas circunstancias representen hechos deseables y beneficiosos o indeseables y perjudiciales” (Springer, 1977).

Ante las exigencias o situaciones **demasiado** amenazantes, objetivas o percibidas como tales, el organismo responde con una activación general, denominada por Seyle como “*síndrome general de adaptación*”, que busca movilizar recursos necesarios para enfrentar la amenaza. Esta condición es la que se denomina “estrés”. El estrés sirve de motivación para la superación de obstáculos, sin embargo, la presencia continuada de un *estresor* puede agotar las energías del sujeto, haciendo que éste se sienta sobre exigido, pasando, de esa manera, del estrés al estrés agudo o distrés (Silpak 1991).

Etimológicamente, el término estrés significa tensión, y se lo utiliza para describir una variedad tan grande de estados patológicos que se ha convertido en un concepto demasiado vago y ambiguo. Pero no por eso deja de prestar utilidad. Sobre todo al hablar de las mudanzas.

Hay también, junto a la enorme cantidad de definiciones de estrés, una gran gama de escalas para situar los estresores más devastadores y causantes de ese *shock* psíquico y físico. Las escalas de los estresores se definen en relación con las experiencias y con la personalidad del sujeto víctima del colapso psíquico. Por ejemplo, la escala Jamer (1998) indica que las mudanzas son el tercer causante de estrés después de las pérdidas (principalmente fallecimiento de seres queridos) y los divorcios, que se encuentran en primer y segundo lugar respectivamente.

La familia está más segura en lo que conoce, en sus pautas de funcionamiento, en sus patrones de respuesta. Estas pautas, patrones y modalidades están conformados básicamente por su propia dinámica interna, pero están muy influidas, también, por una dinámica externa.

El lugar donde una familia habita es determinante para estos patrones, modalidades y conductas. Las diferencias entre lo que es normal y lo que no lo es pueden variar mucho entre diferentes culturas. Lo que es visto como normal para una cultura puede ser muy mal entendido en otra.

Josefina M., destinada en Egipto, vio con espanto como la planchadora rociaba sus camisas escupiendo el agua después de beberla. Esto le causó tal extrañeza que se descompensó no pudiendo entender, aceptar que esto era esperable en esa cultura y no un acto de agresividad o agravio personal como ella experimentó. Llamó desesperada a su marido que tuvo que ir a socorrerla y calmarla ya que ella estaba en estado de *shock*.

Es por esto que la homeostasis familiar se encuentra tan amenazada al tener que afrontar el *estrés del traslado*. En el momento específico del traslado, para todos los integrantes de la familia, en mayor o en menor medida, puede verse amenazada la seguridad y la autoestima. La sensación más específica frente a la experiencia de la migración es la de *desamparo*.

Mónica C., mamá de dos niños de 7 y 9 años, relataba que antes de cada mudanza “entraba en pánico”, teniendo migrañas severas que no tenía en otras ocasiones, y sentía amenazado su destino en la vida: “... *Cuando llegamos a un país nuevo podemos ser casi analfabetos, no sabemos nada de las costumbres, comidas, etc. Parecemos idiotas, hablamos mal, no entendemos el humor...*”. “*No puedo soportar la incertidumbre que me provoca el cambio, no saber dónde voy a vivir, a qué colegio mandar a mis hijos, si voy a entender el idioma...*”. “*Antes de cada mudanza siento como un terremoto bajo mis pies...*”.

El “estrés familiar” se define entonces como un estado derivado de un desequilibrio, real, entre la demanda (mudanza internacional) y la capacidad de satisfacerla (recursos, manejo de la situación), en el funcionamiento de una familia.

En los períodos de muy alto nivel de estrés es más probable que las personas empleen respuestas más antiguas y conocidas, aún cuando éstas ya no sean las adecuadas para la situación actual. Ello sucede, en general, porque las antiguas respuestas brindan la protección necesaria para la delicada situación. En el caso de una mudanza, sería como contrarrestar la incertidumbre del nuevo lugar, moviéndose en un “espacio simbólico protegido”.

En el desarrollo normal de una familia, el crecimiento incluye la pérdida de viejas pautas de relación y adquisición de nuevos aprendizajes.

Cuando la familia M. llegó a Singapur, Mario (14) y José (13), que en Francia, su anterior destino, regresaban solos del colegio, tuvieron que volver a depender de su madre para que los llevara y volviera a recoger. Así todos estaban más tranquilos. Tanto los hijos como la madre hallaron natural esa modalidad. Aunque en Francia esto se hubiera sentido como un retroceso, en Singapur se vivía como un avance frente a la temeridad de lo desconocido.

Es decir que, ante lo amenazante de la nueva realidad, volver a una respuesta anterior resulta aliviador. Ante la extrañeza total de los nuevos caminos, se vislumbra en lo simbólico un camino conocido, seguro y apaciguador. El camino de la respuesta que alivie la desprotección que la mudanza conlleva.

El estrés tiene una dimensión acumulativa (Joselovich, 1991). Imaginemos por ejemplo una familia que se muda con la madre embarazada de 6 meses, un niño de un año, y otros dos en edad escolar (aproximadamente el 98 % de las familias en tránsito se mudan sin ayuda doméstica de ningún tipo). No consiguen casa y sólo hay vacante para uno de los hijos en un colegio en una punta de la ciudad y para otro en la otra punta. La “mudanza” propiamente dicha, o sea el camión con toda su casa, objetos queridos, camas, platos, fotos, en fin todas sus cosas, está en la aduana esperando a que lo “liberen”. Esto puede tardar no-se-sabe-cuantos-días.

Este ejemplo no tiene nada de catastrófico, es una situación común en las familias en tránsito. Si quisiéramos engrosar las dificultades brindadas por este ejemplo, podríamos sumarle la enfermedad de algún hijo –sin tener idea a qué clínica u hospital recurrir o a qué pediatra llamar–. Las situaciones de enfermedad, accidentes o cualquier hecho en sí ciertamente catastrófico, pueden ser particularmente devastadores para una familia en tránsito ya que no hay ninguna red de contención en kilómetros a la redonda.

Esta situación familiar crítica del ejemplo incluye suficiente estrés acumulativo como para que la familia entre en un estado de crisis. *“Una familia en crisis ha perdido la capacidad de restablecer el equilibrio y padece, en cambio, una necesidad constante de adaptarse cambiando las pautas de interacción entre sus miembros”* (Falicov, 1991).

La crisis ocurre cuando una familia ya no puede acceder a sus recursos y utilizarlos de forma tal que controlen y contengan las fuerzas propulsoras del cambio.

Si bien las familias, en general, afrontan a lo largo de su ciclo vital un sinnúmero de estresores y tensiones, las familias en tránsito parecen tener que desarrollar más recursos para afrontar los desafíos que representan los traslados.

Así, la migración es una de las contingencias de la vida que exponen, a los que la experimentan, a pasar por estados de desorganización, que exigen una reorganización posterior, que no siempre se logra. Claro que, como toda situación estresante, nunca es igual la primera mudanza que la segunda o la tercera. La familia aprende a conocerse y a conocer distintas alternativas de acción ante situaciones que se repiten. Y, por lo tanto, a desarrollar los mecanismos equilibradores para los momentos de mayor desorden y exigencia.

Entre esos mecanismos equilibradores, están la capacidad de elaboración y la capacidad creativa.

La familia en tránsito, entonces, deberá desarrollar un plus de homeostasis, un plus de estabilidad, una fuerza sobre adaptadora,

sobre todo en el momento específico del traslado. Este plus se puede definir como una fuerza adicional destinada a mantener a la familia cohesionada y unida, más fuerte que en una familia no migrante.

Es por eso que considero a las mudanzas internacionales un verdadero desafío a la homeostasis familiar, y, al mismo tiempo, un potente afirmador de esta homeostasis.

Hay otra cara del estrés, que es también muy importante. Como vimos antes, de las definiciones de estrés se desprende que sus causales están dadas por aquellas que se interpreta como **demasiado**.

Demasiado implica que hay cosas que no van a poder concretarse, que van a quedar pendientes. Al haber demasiadas cosas para hacer, van a haber algunas que no se van a alcanzar a hacer, que no se van a poder concretar. Un buen ejemplo de un causante de estrés, en el actual mundo de la globalización y de las telecomunicaciones, lo proporciona un artefacto tan común para todos como la televisión: usualmente, a través del sistema de cable, hay más de sesenta canales, por lo que la promesa de ver un buen programa se ha multiplicado. Por esta razón uno tiene la sensación de que al ver un canal hay cincuenta y nueve que “se está perdiendo”. Para contrarrestar esta sensación de que no podemos ver todos los canales acudimos al zapping, y entonces ya ningún canal es suficiente para quedarnos en él, porque existe la promesa de otros. Y así se genera un círculo vicioso en donde probamos un poco de todos y no nos quedamos con ninguno porque siempre otro podría ser mejor (Cazabat, 2001).

Al trasladarse están las promesas y las esperanzas de otras vidas y las posibilidades de “hacer zapping” con los países y los destinos, posibilitando también la combinación de incertidumbre y estrés típicas del traslado.

Marlene B., esposa de un diplomático brasileño relata. “... cuando vino mi marido con la lista de vacantes para su cargo, parecía que mirábamos un catálogo de viajes, nos sentíamos como los dueños del mundo... Era muy raro tener que elegir, sin saber cómo sería un lugar donde íbamos a vivir los próximos años, me

acuerdo que estábamos entre Bélgica y Zimbabwe. Yo no tenía ni idea, y sólo sé que tenía un nudo en el estómago, me encantaba lo exótico de Zimbabwe, y tenía miedo por las posibles enfermedades... mis hijas eran tan pequeñas...”

Tener la posibilidad de vivir en “cualquier parte” conlleva la maravilla de sentirse “dueño del mundo”, capaz de tener todas las posibilidades a su alcance y la angustia de tener que elegir, o la fantasía de tener que elegir entre lo que sea mejor para la carrera del funcionario, la escolaridad de los niños y las posibilidades de su pareja.

Situación confusa y estresante, ya que al elegir un país, un colegio, una comuna, una casa, etc., se agolpan las opiniones, intereses, con todo lo que se deja de lado, en cada una de las opciones, en cada una de las decisiones.

Si las decisiones se toman en conjunto, la familia siente que participa toda, así el estrés que provoca el traslado se comparte, y sus efectos se atenúan.

Cuando por el contrario las decisiones se toman en forma unilateral, la sensación será de absoluta disconformidad y las resoluciones serán vividas como excluyentes, como una carga pesada, difícil de sobrellevar.

Al “vivir en otro lado”, en otro país diferente al país de origen, se deja de vivir en donde se supone se debió haber vivido, y se tiene otra vida que la que se imaginaba, que tuvieron los antecesores, o los vecinos o los compañeros de escuela. La sensación de poder imaginar “múltiples” tipos de vida distintas, a medida que el mundo se nos abre a los pies, puede asimilarse al televisor con sesenta canales.

Paula D., 38 años, relata: *“siempre que salgo al exterior hay algo de mí que queda como entre paréntesis, como en suspenso, y solo sé que cuando vuelva voy a volver a mi vida real...”*

También cuando se regresa o se cambia de país pasa algo parecido, siempre en el país que se deja quedan cosas pendientes, algo que

no se terminó. Dejar la enseñanza media en los adolescentes suele ser muy difícil. Los proyectos trancos, terminar de conocer tal o cual lugar, la fiesta de graduación, el nacimiento o el casamiento de alguien, lo que no pudo hacerse, lo que queda pendiente.

En los traslados uno deja, permanentemente, cosas, recuerdos, afectos:

Ruty D., “... es como si no viviera mi vida, hay días en los que siento que mi vida está en otra parte...”.

Diferenciación y adaptación

Murray Bowen (1972) plantea que las familias estarían en un permanente interjuego entre dos fuerzas: la juntidad, “el ser juntos”, y la individualidad que sería el “ser autónomo”. Ambas fuerzas, un poco de esto y otro poco de lo otro, darían como resultante un equilibrio dinámico.

Sin embargo, la primacía de una fuerza sobre la otra puede verse influenciada por puntuales experiencias vitales.

La *diferenciación*, se refiere al progreso de la definición de uno mismo en relación con los otros, desde el primer reconocimiento, por parte del bebé, de sus fronteras físicas con el cuerpo materno, como también la definición inicial del adolescente de su identidad frente a los padres. Es un proceso interpersonal que involucra a la familia como unidad en un desarrollo continuo que nunca se termina.

La diferenciación y la adaptación se hayan íntimamente ligadas. De cómo se haya logrado la individuación en cada una de las etapas del desarrollo dependerán las distintas adaptaciones, con qué elementos sí y con qué elementos no contará la familia y cada integrante en su conjunto en la adaptación familiar e individual en el país de turno.

Cuando la familia sale de un país donde conoce todo lo que la rodea, y se enfrenta a otra realidad en la que no conoce nada, la sensación de “extrañeza”, y desamparo puede ser muy grande y por lo general muy desestructurante.

*Dolores C., 35 años, relata: “Caminaba por las calles de Moscú y me sentía como un marciano, no entendía nada de lo que pasaba, lo único que reconocía era mi reflejo en las vitrinas. Todo era distinto, no entendía los carteles, las letras, todo era al revés, y nadie comprendía lo que yo quería...
...Yo ya conocía Moscú, había ido de turista. Pero no se puede comparar, lo que antes era entretenido ahora me parecía trágico, me quería morir...”*

Es en esta instancia en donde la “juntidad” (nosotros que tenemos esta historia compartida), tiene efectos equilibrantes ya que será la familia la que le dice al individuo *quién es*. Todo el afuera en el inicio es muy amenazante.

En un principio, cada integrante de la familia necesitará del espejo del otro. Un espejo que le devuelva su imagen, verse y reconocerse en ese otro. Reconociendo a los otros miembros de mi familia en este nuevo contexto es que me reconozco a mí mismo. El ver a su madre en el nuevo destino le dice al niño quien es él. La madre viendo a sus hijos reconoce su propia identidad, pero no sólo como madre sino como individuo, como *ser* y así sucesivamente en cadena con todos los miembros de la familia. Cada uno se define en relación al otro, son lo único que conocen en donde todo lo demás es desconocido, extraño y por ende, es vivido como hostil.

Situarse frente al otro en el “espejo” que nos da la familia nos dice algo de nosotros mismos. Si el otro no le devuelve nada, se podría llegar a caer en síntomas de despersonalización:

Una madre muy preocupada por la función del esposo y sus propias actividades sociales, se tuvo que ausentar mucho de la casa y dejó su único hijo de un año y medio con una niñera que hablaba otro idioma. El niño quedó

absolutamente solo en un medio extraño y hostil para él, en donde no podía comunicar sus necesidades y no entendía lo que ocurría. El niño hizo un repliegue narcisista, con episodios autistas.

La experiencia de la migración implica una situación desestructurante, lo que antes era evidente ya no lo es, perdemos nuestra “base segura”, ya no hay un lugar físico donde reconozcamos un entorno al cual poder regresar confiados antes de volver a salir a explorar.

La familia necesita, en ese momento, el sentimiento de “*somos nosotros*”, que funciona como base segura simbólica para la posterior individualización, que implicará la búsqueda en cada uno de los miembros de: “*quien soy*”, dónde estoy y lo que haré en este nuevo contexto, en esta nueva realidad, en este nuevo colegio, en esta nueva ciudad, en este nuevo país.

“La base segura es lo que le permite al niño pequeño salir a explorar porque sabe que puede volver, cuando se siente cansado o cuando tiene miedo”
(Bowlby, 1979).

La base segura en el momento de la mudanza será la familia. La familia permite explorar el entorno, alejarse, y volver. El ser “*no-sotros*”, que será lo que les permitirá a cada uno de sus integrantes salir a explorar la nueva realidad, y volver tranquilos a lo conocido oscilando entre el afuera y el adentro, entre la individuación y la juntidad.

Todo aquel que carezca de una base así, se sentirá desarraigado e intensamente solo.

Carlos G. y su familia habían decidido que él iba a ir primero a Costa Rica y cuando tuviera elegida la casa y el colegio para los niños, recién ahí iba a mandar a buscar a su familia. Sucedió que a los quince días se hallaba completamente paralizado, no podía hacer nada, se sentía muy angustiado y necesitado de que su familia estuviera con él.

Claro que dependerá de las características personales y de la “confianza básica” (Erikson, 1972) que cada sujeto tenga en sí mismo, lo que tiene estrecha relación con cada historia personal, respecto de las vivencias individuales y a su familia de origen. También están los que no soportan la distancia y se tienen que volver. En estos casos, mucho más que nostalgia, refleja un muy alto grado de fusión con su familia de origen lo que denotaría un nivel muy bajo de diferenciación.

La estabilidad en la pareja matrimonial y en la vida familiar del emigrante constituye uno de los factores más favorables para poder realizar una migración adecuada, así como la habilidad profesional y la satisfacción en el trabajo. Estos elementos los hacen menos dependientes de las circunstancias exteriores de su país de destino.

Las características de los distintos tipos de grupo familiar también inciden favoreciendo o dificultando la posibilidad de migración de sus miembros. Así será difícil que emigren individuos pertenecientes a grupos familiares que se describen como aglutinados, que parecen tragar o fagocitar a sus miembros, entre los que se observan dificultades para la separación. Del mismo modo que hay familias que parecen “vomitar” a sus miembros, que tienden al alejamiento mutuo y a la dispersión (Grinberg y Grinberg, 1996). Ambos polos son reflejo de un sistema con bajo nivel de diferenciación.

Entonces, en la familia en tránsito se ve más evidentemente la necesidad de que cada uno pueda encontrar una base segura de sus relaciones en el seno familiar.

Se podría pensar que de cómo sea la diferenciación en una familia serán sus adaptaciones. Los individuos poco diferenciados, absorben la angustia de otros individuos integrantes del sistema, sin límites entre unos y otros. Lo que Bowen conceptualiza como una “masa yoica indiferenciada”. Las mudanzas son fuente importante generadora de angustia, si se trata de una familia con estas características esta angustia circulará en forma de banda de Moebius

(Lacan, 1978), sin un adentro y un afuera, sin un yo-tú, la angustia correrá para todos por igual y de este modo se retroalimentará.

Marina de 10 años y Julián de 8 empezaron el nuevo colegio, en un nuevo país, el mismo día. La madre estaba muy inquieta por cómo sería la adaptación de ambos. Marina tenía algunas dificultades y la profesora le sugirió unas clases particulares. La madre puso entonces a los dos hermanos en clases, aunque Julián no tenía ningún problema. Claro que al tener profesora particular, todos –hasta él mismo– comenzaron a creer que a él también le estaba costando adaptarse, cuando en realidad no era tan así.

A mayor diferenciación, más efectiva y completa será la adaptación y cada integrante encontrará su lugar en el nuevo destino. Así cada integrante de la familia tendrá diferentes posiciones, funciones y responsabilidades.

Para la adaptación en los primeros tiempos las familias funcionan de modo bastante estereotipado: el funcionario va inmediatamente al nuevo lugar de trabajo. Los hijos en edad escolar van rápidamente al nuevo colegio. Los cónyuges quedan a cargo de la nueva casa.

Estos lugares otorgarán el reflejo de un nuevo espacio que otorga identidad. Devuelve una imagen que le dice a cada miembro quién es:

El colegio devuelve el “ser alumno”.

El trabajo, devuelve el “ser funcionario/a”.

La nueva casa devuelve el “ser dueño/a de casa.”

Cada uno ve quién es quién en distintos espejos: De esa manera, empieza una segunda etapa de mayor individuación, encontrándose quién es quién en un espacio personal independiente del “reflejo-familia”.

En el mejor de los casos, habrá a partir de allí una tendencia a diferenciarse entre sí y poder crecer según sus propias capacidades, aptitudes o grupos personales. Por supuesto que esto dependerá de las características del nivel de diferenciación de cada familia, de su

tendencia a ser más rígidos o flexibles. Facilitando o no la individuación de cada uno de sus miembros como en cualquier grupo familiar.

Claro que la adaptación no es igual para cada uno de los integrantes de la familia, la individuación de sus miembros, y el “ser-alguien-más-que-un-hijo,madre,hermano,padre-de-familia” no se da igual para todos, facilitado o dificultado en parte por las actividades concretas de cada uno en el nuevo destino.

El padre o la madre funcionario seguramente enseguida irán a la oficina o lugar de trabajo, donde inmediatamente tendrán un jefe, o un subordinado, alguien, un **otro** que le dirá, *quién es o quién debe ser*. Tendrá nuevos desafíos, adoptar una categoría acorde a lo que esperan y a lo que él debe hacer. El reto es enorme ya que sus superiores buscan adaptabilidad, flexibilidad para moverse en nuevos entornos, habilidades de comunicación y talento directivo. El extraño/extranjero deberá asumir como jefe de toda la planta local, con las presiones de la compañía y el recelo de los locales, que tienen “jefe/jefa nueva/o”.

Los hijos irán al colegio, serán alumnos, tendrán “**otros**” (profesores, compañeros) que les devolverán una imagen en la que *serán* nuevos miembros del colegio, donde deberán aprender nuevos códigos y nuevas pautas del nuevo colegio.

El cónyugue se queda en el nuevo hogar, poniendo las cosas en orden, “ordenando”, tratando de recrear una atmósfera conocida, con los objetos conocidos, que funcionan como verdaderos objetos transicionales (Winnicott, 1971) entre lo nuevo y lo viejo, entre lo familiar y lo extraño.

Es por eso que es el cónyugue, por lo común, el que más tarda en adaptarse, ya que los hijos y sus parejas tienen afuera del hogar más rápidamente un marco de referencia –trabajo, colegio–, siendo ellos los que, al no salir de la casa, le cuesta más trabajo encontrar un referente que le devuelva su propia imagen quedando más rezagado.

María T. extrañaba los almacenes: *“Cuando fuimos trasladados a Bolivia, me ayudó a sentirme bien que a la tercera vez que entré a la panadería ya me reconocían: sabían de dónde venía, que era recién llegada y me saludaban. Yo ya era alguien para ellos. En cambio ahora, con los supermercados, da lo mismo: no reconocen a nadie... sigo siendo una extraña.”*

En general, las madres/padres de familia que quedan en la casa están muy pendientes del proceso de adaptación de todos, de los hijos y de los funcionarios, funcionan como “pivote” (punto fijo) eje en el que se apoya el resto de la familia hasta terminar de acomodarse. Decía una madre expatriada muy consciente de ello *“si todo se mueve algo tiene que estar quieto”*. Así es como suelen quedar ellos para último término y es por esto que en general son los más rezagados en adaptarse, y en encontrar actividades en el nuevo destino,” más allá de ser madres/padres y cónyugues del funcionario”.

Los cónyugues suelen, al principio, estar mucho tiempo en su casa, y “el teléfono que no suena” es un claro referente casi medidor del grado o nivel de adaptación, cuando el teléfono empieza a sonar (y se trata de alguien más que su pareja, hijos o llamados de larga distancia) es un índice de que hay un **otro** para el cónyugue, también, que le dice algo acerca de su **ser**.

La literatura reporta diferencias significativas entre el hombre y la mujer, con respecto a las respuestas al estrés. Maslach y Jakson 1985, citados por Cordes y Dougherty (1993) reportaron que es común que el hombre enfrente el cansancio emocional a través de la despersonalización, lo cual facilita que ellos se muestren distantes e impersonales frente a quién demanda sus servicios. La mujer, en cambio, suele mostrar un carácter protector, maternal y de preocupación por los otros, que aunado a la facilidad que suelen reportar para hablar sobre las situaciones que les generan estrés, la hace menos vulnerable a despersonalizarse (Rivera Fuentes, 1997).

Las familias con buen nivel de diferenciación se encuentran en mejores condiciones para un proceso de individuación, así cada miembro de la familia puede ir poniendo sus límites, de este modo cada uno va a tener su propia forma de adaptación a su tiempo, a su manera, con sus características propias.

- III -

Identidad



► Identidad nacional

La percepción que tiene un individuo de su identidad entraña una colección de imágenes de sí mismo y una definición de prioridades que estructuran su personalidad.

Se compone de la percepción *intrasistémica* del ser físico, y de la *extrasistémica* de los modos de organización social. El desarrollo de una identidad puede verse como la elaboración continua de una definición de sí mismo (Watzlawick, Beavin y Jackson, 1967).

La **identidad personal** es el conjunto de atributos y características que permiten individualizar a la persona en la sociedad. Es todo aquello que hace que cada cual sea uno mismo y no otro. Se despliega en el tiempo y se forja en el pasado, dónde se hallan sus raíces y sus condicionamientos pero, traspasando el presente existencial, se proyecta en el futuro. Es decir que la identidad es fluida, se crea con el tiempo, es cambiante (Fernández Sessarego, 1992).

El sentimiento o la definición de sí mismo es un mapa interno por el cual los individuos orientan su vida. Este mapa es un modelo subjetivo del mundo que, en gran parte, se configura y se transmite en y desde la familia de origen, atravesada por su propia **identidad cultural**.

Esta identidad cultural es, por ejemplo, la percepción que tienen los habitantes de un país de poseer ciertas características que los

identifican y los integran, a pesar de sus diferencias y particularidades: *“Es el conjunto de representaciones y referentes a partir de los cuales una sociedad o una cultura alcanza a percibirse, a pensarse, a sentirse, e incluso a soñarse”* (Rodríguez Kauth, 2000)

Esas representaciones van desde sus tradiciones, creencias, festividades, danzas, alimentación y vestimenta, hasta un tipo peculiar de acento en el hablar, un dialecto o también, un tipo particular de humor.

Sigmund Freud (1926) utilizó sólo una vez el término identidad en toda su obra. Fue cuando trató de explicar, en un discurso, su vínculo con el judaísmo y se refirió a “oscuras fuerzas emocionales”, que eran *“tanto más poderosas cuanto menos se las podía expresar con palabras, y una clara conciencia de una identidad interior que no está basada en raza o religión sino en una aptitud común a un grupo”*. Freud se refiere, pues, a algo medular del interior del individuo, que tiene que ver con un aspecto esencial de la coherencia interna de un grupo (Grinberg y Grinberg, 1996).

Así, el sentimiento de pertenecer concierne al imaginario colectivo, como por ejemplo, al identificarse unos con otros a través de un grito de gol representado por una camiseta de fútbol. La identidad cultural, entonces consiste en un proceso personal a la vez que social, se va conformando a través de la experiencia y el conocimiento y, en un movimiento continuo, cambia y crece.

Este sentimiento de pertenencia, el sentir que se forma parte de algo, inexplicable, intocable, que atañe a la esencia del ser, lleva a la **identidad nacional**, que no tiene nada que ver con el nacionalismo. El Premio Nobel Camilo José Cela, decía que *“el nacionalismo es creer que el lugar donde uno ha nacido es el mejor del mundo”* mientras que *“el patriotismo es creer que el lugar donde se ha nacido merece que le demos nuestro amor”*.

Alba, hija de diplomáticos chilenos, vivió su adolescencia en Buenos Aires. En el colegio hablaba como se habla en Argentina, nadie hubiera pensado

III. IDENTIDAD

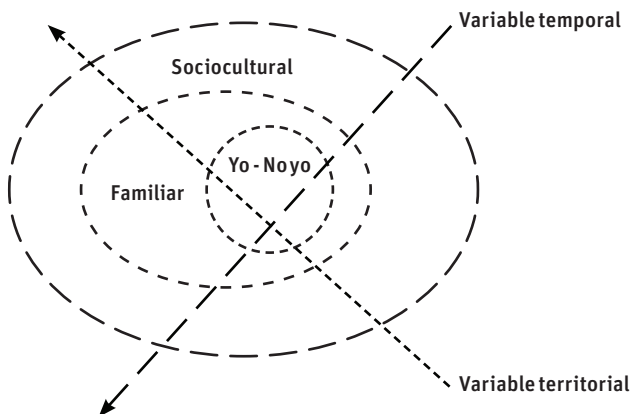
que no era de allí, pero en su casa se hablaba como se habla en Chile. Ella no percibía, y sí sus amigas, que en cuanto se iba acercando a la casa le cambiaba el acento, a medida que se aproximaba lo hacía rumbo a algo muy fuerte con lo que se identificaba, con su ser nacional.

Los individuos actúan de acuerdo con los sistemas sociales a los que pertenecen. Y el ser humano tiene una notable capacidad de adaptación e integración.

En los niños en los que la identidad se está formando, es muy frecuente observar cómo actúan y hablan diferenciadamente según quién sea el interlocutor. Así, ellos van cambiando en función de sus propias necesidades adaptativas.

Es interesante observar cómo estando “en relación” con otros e insertos en otros contextos, el desenvolvimiento de una persona cambia en consecuencia. Dependiendo de con quién se esté o con quienes se interactúa, podemos cambiar la forma de desenvolvernos.

El sentimiento de identidad, depende, entonces, no solamente del mundo interno, sino también de la interconexión de los factores familiares, sociales y culturales. De esta manera, podríamos representar esta interconexión pensando en una suerte de recursividad, a través de círculos casi concéntricos vinculados: identidad yo-no yo, identidad familiar e identidad cultural y social, atravesados por las variables de tiempo y espacio.



El círculo **identidad yo-no yo**, comprende la relación entre las distintas partes del sí mismo entre sí (incluye el mundo intra-psíquico, la imagen corporal, el pensamiento, la forma de ser en general), manteniendo su cohesión y permitiendo la comparación y el contraste con los otros.

Por su parte, el círculo **identidad familiar** implica las relaciones entre los aspectos del sí mismo, aquellos que se establecen mediante mecanismos de identificación que se irán conformando en relación con la familia.

El círculo familiar junto con el social, son los que posibilitan el “sentimiento de pertenencia”, y el hallarse representado no sólo por la familia, sino además por un grupo más extenso: amigos, colegio, trabajo, club, iglesia, barrio, donde uno es reconocido y se reconoce en el otro, donde uno “*corresponde*”.

El círculo **identidad sociocultural**, a su vez, se refiere al “ser nacional” aquello a lo que se está unido por un hilo invisible que puede estar representado, entre otros por tradiciones, creencias, festividades e ídolos populares, que evocan (sobre todo en la distancia) a un grupo social, comunidad, ciudad o país.

Ejemplo: “Si gana Del Potro, ganamos todos los argentinos”.

La **variable temporal** atraviesa las distintas representaciones del sí mismo en el tiempo, estableciendo una continuidad entre ellas, y otorgando la base al sentimiento de “mismidad”. A pesar de los cambios que experimenta la familia y el individuo a lo largo del ciclo vital y familiar, hay algo de sigue siendo *idéntico*, que no cambia, que hace que sean “los mismos”.

Por último, la **variable territorial** es la que designa el espacio, lugar o territorio, con sus alternativas geográficas y climáticas. Estas alternativas, que quizás en cualquier otra instancia podrían ser inadvertidas, pueden adquirir gran relevancia al hablar de migración.

Anabel, chilena que estuvo destinada cuatro años en Paraguay relata: “*Me encantaba Asunción, fue una buena experiencia. Sin embargo, lo que más me*

costó era la ausencia de cerros, era todo sin límite, y eso me provocaba mucho malestar cuando recién llegué. Sin el perfil de las montañas me deprimía... me faltaba algo que cortara la inmensidad del llano...”

“Otra cosa que me faltó siempre, fueron las cuatro estaciones, aquí en Chile tienes las cuatro estaciones bien marcadas, verano, primavera, otoño, invierno. Cada estación con su color, con su olor, y su temperatura. Allá casi no había diferencias, y yo necesitaba algo que me ordenara, que me dijera que era el principio y el final de algo... no había un tiempo de remontar volantines, se podían levantar siempre, y eso era muy aburrido...”

La migración afecta a la configuración de la identidad, a su conformación y a los atravesamientos temporal y territorial de una manera general, pero según los casos y momentos, puede predominar la perturbación de un aspecto de ellas (yo-no yo, familiar, o socio cultural) sobre las otras. En los primeros tiempos, después de una migración, pueden producirse estados de desorganización de grado variable, ya que los que emigran pierden muchos de los roles que desempeñaban en su comunidad, en su grupo de trabajo, en el colegio, entre los amigos, en el de su familia extensa.

Estas pérdidas provocan vivencias de no pertenencia a entidad alguna, social o cultural, que confirme su vínculo con lo externo a la familia.

Pertenencia

“Los que se van se llevan el país adentro, es que la tierra es eso, una pulsión magnética, un no sé que en la atmósfera, en la luz, en los olores. Una manera de estar pegado a las costumbres... Cuando te vas tienes que aprender de nuevo a dormir y te despiertas cada mañana averiguando donde te hallas...” (Guerrero, 2001).

De entrada, el “migrante trasnacional” puede percibir como un peligro ciertos valores y costumbres que rigen en la sociedad del

nuevo destino. Una de las modalidades para contrarrestar esa percepción es la vida de “ghetto”, pero es un ghetto sobre todo de extranjeros, de expatriados en tránsito, gente que ha pasado por muchas mudanzas, que ha vivido en muchos países, y que probablemente viva en otros más.

En estos ghettos, se unen y refuerzan las distintas identidades. Y, también, se alimentan prejuicios contra el país local.

Por lo general, es determinante el idioma. Si la lengua del país de turno es diferente de la que habla la familia, ésta intentará “enquetarse” con familias que hablen el mismo idioma. De esta forma se dan grandes confraternidades que hablan el mismo idioma: de habla inglesa, de habla hispana, etc. En estas confraternidades, también las idiosincrasias coinciden, ya que la lengua proviene de la cultura (y viceversa), y por lo tanto de una modalidad de pensamiento, lo que hace que haya más afinidad. Sin embargo, también esto puede confundir un poco, porque se puede compartir el lenguaje pero no necesariamente sus significados. Hay que aprender los códigos ocultos de la gestualidad, además de las sutilezas idiomáticas y localismos.

Entonces, la familia migrante está frente a un nuevo mundo al cual se tiene que adaptar y al que tiene que comenzar a conocer, mientras que, simultáneamente, mantiene una relación intensa con su comunidad de origen. Se maneja entre la necesidad de ajustarse al nuevo país, que será su país de residencia en los próximos años, y la conciencia de transitoriedad que dificulta la adaptación. Es decir que, si bien necesita adaptarse en lo cotidiano, encontrar su lugar en el día a día, sabe, desde el principio, que nunca formará parte de esa sociedad. Por ello, la adaptación es siempre una adaptación “a medias”.

Miriam, madre de dos niños y conyugue de un funcionario de una empresa multinacional, de nacionalidad colombiana y residente temporariamente en Brasil: *“Yo sé que lo más probable es que en un año y medio nos tengamos que volver. A mi marido nunca lo dejan más de tres años en ningún país y ya llevamos*

dos, yo querría estudiar pero la carrera que me gustaría dura dos... no puedo hacer ningún proyecto a largo plazo, porque no creo que lo pueda terminar.”

Por lo general, el migrante transitorio no tiene la necesidad de adaptarse totalmente al país en el que vive, ya que la propia condición que tiene lo lleva a no echar raíces en ninguno, a veces ni siquiera en el de origen. La mayor parte de ellos pasan pocos años en cada lugar y, prontamente, tienen que volver a mudarse. Así, poco a poco, empieza a sentirse como internacional y sus raíces son el mundo.

De todas maneras, no hay una regla general en este sentido, ya que depende de cada familia, de cada historia, de cada mito familiar, y de su propia experiencia. También, del tiempo en que los hijos hayan estado en cada país y, fundamentalmente, del grado de transmisión de los vínculos de nacionalidad que los padres les hayan difundido a lo largo de los “exilios”.

En lo particular, me ha tocado ver y escuchar a distintas familias y distintas experiencias: desde aquellos que han hecho y recurrido a todo tipo de ritos para no perder el origen (que constituyen una gran mayoría), y los otros que han hecho todo lo posible para “ser internacionales”.

Los “*nacionales*” se identifican enormemente con su país de origen. Casi con seguridad, los diplomáticos se encuentran en esta categoría, lo cual podría ser obvio, pero la gran mayoría de los ejecutivos de empresas, también. Tratan de mantener la nacionalidad de origen en la casa, manteniendo su lengua materna y sus acentos, así como el tipo de alimentación (si esto es posible) y su cultura. En esta era de globalización de las telecomunicaciones, ello se ve facilitado por la posibilidad de contar con algún canal de televisión de sus países de origen, así como por el acceso, a través de la Internet, a la gran mayoría de prensa y tópicos ligados a la cultura de origen.

De esta manera, los modismos al hablar se mantienen muy en contacto con lo que pasa en el país de origen: es que ya no sólo se trata del contacto con la familia, sino que el contacto es con toda la

sociedad. Gracias a la televisión o la Internet, se puede estar al tanto de los ídolos populares, de la actualidad deportiva, del espectáculo y de las noticias. Entonces, se puede conservar, dentro de la casa, un clima muy parecido al de su país de origen.

Mientras que los padres pertenecen a aquel país por haber nacido allí, los hijos, en cambio, adoptan la ciudadanía de los padres. Estos “ciudadanos por adopción”, son incluso, muchas veces, de otras nacionalidades, por haber nacido en un país de acogida transitoria. En efecto, la posibilidad de anotar a los niños con la nacionalidad paterna, y algunos padres han hecho lo que han podido, escapa a la voluntad de estos migrantes, debiéndose adoptar los criterios legales tanto del país de origen como el de acogida, en esa materia. Así, se pueden observar todas las combinaciones posibles, desde toda la familia con la misma nacionalidad hasta casos en donde cada hijo de la familia tiene una nacionalidad distinta.

Cristina es madre de una familia que ya ha pasado por cuatro migraciones transitorias. En México ha nacido su hija, y en Estados Unidos su hijo, ella es mitad argentina y mitad italiana y el marido argentino: “... *en mi casa cada uno defiende su nacionalidad y la tiene súper idealizada, y la verdad es que a esta altura no tengo ni idea en dónde vamos a recalar...*”.

Una excepción a ello lo constituyen los hijos de diplomáticos que, siempre, adoptan la nacionalidad del progenitor que tiene ese estatus.

La nacionalidad evoca identidad, pertenencia, participación y lealtad. Es además, un derecho humano esencial. En la Declaración de los Derechos del Niño, el artículo 7º expresa que “*todo niño tiene derecho a un nombre desde su nacimiento y a obtener una nacionalidad*”.³ Se equipara la importancia del nombre al de la nacionalidad, como un *derecho* que hace a la esencia de lo *humano*.

3. Naciones Unidas . Declaración de los derechos del Niño, A.G res..1386(XIV),14 U.N. GAOR Supp. (No.16) p.19 DocA/4354 (1959).

La nacionalidad por “adopción”, suele reflejarse en los niños muy claramente. Están aquellos quienes por identificación y lealtad a su familia de origen, son más patriotas que el héroe nacional, aunque ni siquiera hayan aprendido a hablar en el país de sus sentimientos. Es una adopción de identidad nacional genuina, es decir, un sentir que responde a lo que el lenguaje poético del escritor uruguayo Eduardo Galeano llamara *sentipensamientos*. Estos no son otra cosa que la síntesis dialéctica entre lo que la psicología clásica ha separado –de modo arbitrario– como “áreas” cognitivas y emocionales. Definen a quien eligió una identidad nacional para tenerla como referente de su condición humana (Rodríguez Kauth, 2000).

En el otro extremo –con todos los matices posibles en el medio– se encontrarían los ciudadanos “**internacionales**”. En estos casos son ciudadanos del mundo. Y ser ciudadano del mundo, ser de todos lados, es ser de ninguna parte.

Esto se vincula a la sensación de no pertenecer a ningún sitio, “no soy de aquí ni soy de allá.” La sensación de extraño/extranjero permanente resulta de la imposibilidad de identificación, por parte del migrante, con la sociedad de origen ni con la sociedad de acogida. Este sentimiento de ambigüedad en la pertenencia cultural cruza, transversalmente, los discursos expresados de algunos migrantes en tránsito.

De acuerdo al análisis del español José Jiménez (1994), “los internacionales” tendrían una suerte de vida *sin raíces, ya que “ni los individuos ni las culturas humanas pueden vivir sin traumas un proceso similar. El hombre es un ser de diferencias”*.

Siguiendo este análisis, si el hombre es un ser de diferencias, la identidad cosmopolita elimina esas diferencias, igualándonos a todos. En este contexto, la identidad cosmopolita es un espejismo destructivo. Es útil en un principio, sirve para dar una respuesta frente al *quién soy*, pero a la larga no alcanza para cubrir la búsqueda de raíces que brota desde el interior más profundo del ser humano.

De esta manera, el *pertenecer* es inherente a lo humano. Lo otro es artificial, bien lo sabían los griegos cuando inventaron el destierro como el peor de los castigos posibles.

La mayoría de los migrantes transnacionales, entonces, se ubicaría entre los dos extremos arriba mencionados: se establece y forma vínculos sociales en los Estados de residencia y simultáneamente mantiene una relación intensa con sus comunidades de origen (Glick Schiller, 1999). Tienen, en el mayor de los casos, una voluntad de retorno y de re-vinculación mucho mayor que la de aquellos que han tomado una mayor distancia y se han integrado más establemente al país de recepción.

Son personas que se sienten parte de más de una colectividad y que buscan un “espacio de vida” transnacional en el que transcurre su experiencia migratoria (Castles, 2000). Este espacio de vida conecta a personas que, por un lado, sienten, mantienen, inventan o reviven una conexión con una tierra de origen, y por otro lado, incluye un sentimiento de pertenencia a una red transnacional, que comprende a personas dispersas, con un fuerte interés en la tierra de origen.

“Los organismos internacionales y las compañías multinacionales constituyen un sector internacionalizado del mercado de trabajo. Las compañías multinacionales han tendido, en los últimos años, a dispersar territorialmente sus actividades productivas y como consecuencia de ellos los técnicos involucrados en ellas tienden a desarrollar espacios de vida transnacionales” (Castles 2000).

Shock cultural

En el nuevo país, el migrante deja atrás toda una serie de concepciones y actitudes acerca del mundo y de cómo debe comportarse en él. Muchas de esas concepciones y maneras de actuar suelen ser diferentes en cada lugar, lo que era “obvio” ya no lo es, lo cotidiano cambia, y puede verse extraño. El *shock* cultural es el choque que

experimenta un individuo al ser trasplantado de su cultura, puesto en un medio donde los conceptos de tiempo, espacio, trabajo, alimentación, vestimenta y clima, serán otros.

Cristine, hija de diplomáticos italianos, cuando tenía 15 años fueron trasladados a Teherán, “... a los pocos días de llegar fuimos con mis padres y mis hermanas a un mercado, llevábamos puesto el chador, cubiertas de pies a cabeza, estábamos súper entretenidas, cuando de pronto, no me di cuenta y me saqué el chador porque me dio calor, entonces, en un segundo, aparecieron un montón de mujeres vestidas de negro, que no sé de dónde salieron, y empezaron a decirme de todo, yo no entendía nada, pero lo que era seguro era que no era nada bueno, mis padres vinieron, nos fuimos corriendo al auto, y mi madre estaba enojadísima... yo no sabía si conmigo o con esas mujeres, era todo rarísimo...”.

Choque cultural es el estado de frustración en el que se encuentran las personas que están fuera de su país durante cierto tiempo, sin el apoyo de amigos, familiares etc. Sus síntomas son irritabilidad, aislamiento y cierto nerviosismo (Kalervo, 1958). La pérdida de lo cotidiano y de lo conocido, desorganiza la capacidad de encontrar significado a la experiencia de la migración. La sensación es de desorden y consternación.

Al estado de incertidumbre y de inseguridad le siguen síntomas muy variados: desde trastornos psicosomáticos hasta problemas de conducta.

Marcela y Felipe, españoles recién casados, tienen una oportunidad de trabajo en un país de habla francesa. Felipe comienza a trabajar de inmediato y Marcela se ocupa, durante el primer año, de buscar la casa, armarla, crear una red de mantención, conocer la ciudad, dónde comprar las cosas, médicos, etc. Aprende muy bien el francés, estudia *marketing*, está bien y se siente feliz. Al año empieza con síntomas: angustia, melancolía que no puede explicar y no la deja respirar, insomnio, miedo de resolver problemas que antes resolvía sin dificultad. Todo esto se lo oculta a Felipe para

no preocuparlo, hasta que un día en una comida con colegas de Felipe, se desmaya, ante el asombro y la preocupación de todos, sobre todo la de su marido. Finalmente, después de otros episodios de desmayos sin causa aparente, deciden ir a ver a un psiquiatra, quien diagnostica “depresión aguda” y recomienda psicofármacos. Marcela mira la receta con el diagnóstico y no lo entiende, siente que ya no es ella, se siente una extraña, se tiene que volver a encontrar, se siente perdida.

Etapas del *shock* cultural

El choque cultural tiene varias etapas (Kalervo, 1958). Estas pueden aparecer de manera continua o en momentos difíciles. Es un observable que depende enormemente del país de acogida y de la familia.

- 1. Anticipación:** Euforia y excitación. Despedidas e ilusión (Puede haber algo de insomnio).
- 2. Llegada [primer mes]:** El nuevo ambiente es fabuloso, una especie de luna de miel, alfombra de bienvenida. Interés en explorar, entusiasmo turístico. Creciente curiosidad sobre el nuevo país. Negación de los estereotipos negativos (Puede haber disturbios intestinales e insomnio).
- 3. Frustración [aproximadamente el segundo y tercer mes]:** Desilusión, desencanto y perplejidad, pasada la euforia viene el retraimiento, falta de ganas, nostalgia, puede haber cierto arrepentimiento. Esta es la etapa en la que los niños se enferman, pueden aparecer miedos, pesadillas, incremento de consumo de alcohol, ánimo irritable. Evitación de contacto con gente local. Antipatía por modismos, costumbres, olores, alusión de estereotipos.
- 4. Recuperación:** Esta etapa se caracteriza por una comprensión y revalorización de la nueva cultura. Hay cierta resignación respecto de las cosas negativas y con una actitud constructiva se produce la

adaptación. Comienzan levemente a desaparecer los trastornos somáticos.

5. Choque de retorno: Este se da al regresar al país de origen y encontrar que las cosas no son iguales. Las cosas no están como cuando las dejamos y nosotros ya no somos los mismos. En general después de la experiencia en muchos países distintos, el país más difícil suele ser el propio.

Ludmilla S., 21 años, vivió en Suiza, México y Venezuela, “*Cuando volví a mi país pensé que iba a ser de lo más fácil, que me iban a recibir en el colegio de una forma especial, porque yo era de allí, y fue todo lo contrario: la experiencia del colegio fue más difícil allí que en los otros países donde yo era una prefecta extraña...*”.

De regreso a la ciudad de origen, lo que antes era familiar ahora, visto con la lente del retornado, se convierte en un elemento raro y desconocido.

Este *choque de retorno* se le llama también *choque cultural inverso*.

El *choque cultural inverso* es un aspecto del traslado que se pasa por alto a menudo, y es importante que los miembros de la familia estén equipados para contrarrestarlo: el país más difícil termina siendo el propio.

En el traslado a un destino desconocido, lo que al principio fue arduo, tener que adaptarse a la soledad y a la autonomía familiar en donde “somos nosotros y dependemos de nosotros mismos”, se convierte en una costumbre muy difícil de abandonar al regreso en donde familia y amigos pueden esperarnos con los brazos abiertos.

Al regresar uno se enfrenta con la realidad del lugar que idealizó y con las expectativas que durante mucho tiempo fueron gestándose sobre el entorno general (como la calidad de vida, el ocio, el transporte o el clima en su país, las relaciones familiares y de amistad, entre otros).

La sensación, al retorno, es que esa es la “verdadera vida” en el lugar en donde uno cree que maneja los códigos y conoce de memoria. Sin embargo, lo que a menudo sucede es que esas expectativas y esa sensación de familiaridad y conocimiento muchas veces se ven frustradas.

“Me sentía totalmente perdido en Buenos Aires, y no era porque las cosas habían cambiado, sino porque yo lo había hecho y la mayoría de las cosas no. Seguía en contacto con mis amigos y “familia” de Costa Rica. Extrañando demasiado y rezando para poder estar nuevamente en aquel lugar donde había logrado vivir a pura vida. Esa “saudade” se convirtió al poco tiempo en unas ganas desesperadas de volver a irme, tenía una gran incomodidad de estar en la ciudad y necesitaba de vivir a mis tiempos (sucede que yo regresé momentáneamente a casa de mis padres). No veía posible readaptarme a la ciudad que me había visto crecer y no concebía la idea de pasar mucho más tiempo acá.”

Emociones específicas del *shock* de retorno

- 1. Sentirse como un extranjero en su propio país:** No se encaja en el ambiente del que procede. Hay que aprender de nuevo las normas y costumbre sociales del país de origen.
- 2. Cambios en el estado de ánimo:** Difícil adaptación a la rutina que se tenía antes de partir, sentirse poco escuchados por sus padres o amigos. Familia y amigos no comparten sus experiencias extranjeras y extraña sus nuevos amigos. “Solo la gente que vivió fuera del país sabe lo que se siente los que nunca salieron no entienden como me puedo sentir”.
- 3. Soledad:** Sienten que ellos han cambiado mientras creen que los demás están igual. Su experiencia en el extranjero ha cambiado su manera de ver las cosas. Ya no les interesan las mismas cosas que antes.
- 4. Más críticos con la propia cultura y sociedad:** Las nuevas ideas adquiridas entran en conflicto con las ideas del país de origen.

5. Nostalgia y frustración: Extrañar su experiencia en el extranjero, temer de que todo se quede como un recuerdo del pasado y desaparezca. Se tiende a idealizar el país en el que vivimos una vez en casa. Esta nostalgia puede llevar a un sentimiento de frustración y que el repatriado se aisle de su entorno.

En el choque de retorno, regresar al lugar de pertenencia lo familiar ya no es lo mismo y nada es como se recordaba. Es entonces cuando se produce el *shock* porque uno se da cuenta que este lugar estaba idealizado en la memoria. Sin embargo, todo ha seguido evolucionando sin nuestra presencia y ya no existe esa familiaridad que se recordaba. Entonces lo familiar se vuelve extraño y el efecto que se recibe es el de lo siniestro: Freud dice *“dicho concepto está próximo a lo de lo espantable, angustiante, espeluznante, pero no es menos seguro que el término se aplica a menudo en una acepción un tanto indeterminada, de modo que casi siempre coincide con lo angustiante en general. Algo que además es «siniestro»”. Lo siniestro sería aquella suerte de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás...* Las cosas familiares pueden tornarse siniestras, espantosas. Según él, lo siniestro sería siempre algo en que uno se encuentra, por así decirlo, desconcertado, perdido. Cuanto más orientado esté un hombre en el mundo, tanto menos fácilmente las cosas y sucesos de éste le producirán la impresión de lo siniestro.

Para defenderse de esta situación uno puede tender a aislarse. Entonces, se puede entrar para siempre en una dinámica de no pertenecer a ningún sitio, en la que ningún lugar es “el lugar de pertenencia”. Eso no es más ni menos que el desarraigo: un sentimiento de no-identificación con la sociedad en la que el sujeto está inscrito y una añoranza por aquélla en la que sí se sentía integrado. Solo que no termina siendo ninguna.

La separación de lo anterior y la adaptación a lo nuevo. El sentimiento de soledad, el rechazo inconsciente a lo nuevo, la añoranza,

la frustración permanente, el miedo al fracaso, son las figuras emocionales que acompañan al desarraigo.

El *choque cultural de retorno* es un proceso. Poco a poco llegará el momento en el que de nuevo la casa está en el país de origen y la sensación de siniestro va a ir desapareciendo.

En este proceso, la prioridad es la planificación. Al igual que el cualquier otro traslado cuanto más pueda planificar y anticipar, más se reducirá la ansiedad.

Capitalizar la experiencia

El desafío del retorno es poder utilizar la experiencia como expatriado. Uno no sabe que hacer con todo lo nuevo que trae. La fantasía es volver a la vida anterior tal cual uno la dejó, sin darse cuenta del cambio que generó el traslado en los gustos, los hábitos y las costumbres. Por ello, es imprescindible buscar la oportunidad de tomar la experiencia y aprovecharla. Ejemplo: al regresar, a la hora de la elección del colegio, puede suceder que en el país de origen no encuentre un colegio similar al que tenía en el país de residencia anterior. Por ello, hay que adaptarse a la nueva realidad que ofrece el país, y buscar un colegio que sea lo más parecido al que se dejó, tratando de que sea una continuidad.

En síntesis, es preferible mantener una línea de coherencia lo más parecida a lo que se dejó, más que buscar la idea original que teníamos antes de salir destinados.

Cuando Ana y Felipe volvieron de México a su país (la Argentina) con sus tres hijos, uno empezando el secundario y dos aún en el primario, tuvieron que volver a plantearse el tema de la elección de colegio: en su país de origen su idea había sido siempre la de un colegio chico, contenedor, en donde los hijos fueran individualizados y no un “número”, una escuela en donde todos se conocieran. En el lugar de destino, en cambio, conseguir vacante

en el colegio que querían no había sido posible (justamente porque era muy chiquito) y solo consiguieron vacantes en un colegio muy grande. Al regresar al país, los padres volvieron a inscribir a los chicos en el colegio que habían elegido previamente al traslado. El resultado fue que los chicos no se pudieron adaptar a este colegio, tan chico y personalizado, en el cual ellos eran “la novedad” y eran muy exóticos. La solución fue cambiarse a un colegio de similares características al que habían ido en México. Allí se sintieron más seguros y contenidos que en el colegio que lógicamente era más contenedor.

El retorno implica una gran confusión entre lo conocido y lo extraño, el tiempo pasó para todos, tanto para los que se quedaron que ya no son los mismos como para los que partieron a quienes la experiencia vivida modificó lógicamente.

Factores determinantes del *shock* de retorno

1. Cantidad de tiempo en el extranjero: a mayor tiempo afuera, más difícil resultará retornar, más se habrá acostumbrado uno a otro estilo de vida, y más cambios encontrará en el país de origen. El *shock* de retorno dependerá de las características de la familia, si ésta es más aglutinada o desligada. Si la familia es muy aglutinada, pegoteada y todos los miembros son muy indiferenciados, el *shock* será más fuerte.

Florencia, 40 años, al regresar no podía entender como, tanto su madre como su hermana, la llamaban por teléfono “40 veces por día”. ¿Qué es lo que tienen para decir? La verdad es que antes era igual, ¡pero ahora me resulta insoportable que me llamen todo el tiempo, no entiendo como pueden ser así!”.

2. Capacidad de adaptación: en general la capacidad de adaptación es un factor individual, hay gente con mayor capacidad de

adaptación que otra. Si la adaptación al nuevo destino fue difícil probablemente el *shock* de retorno también sea más difícil.

3. Diferencia cultural: Cuanto mayor sea la distancia cultural con el país de origen, más difícil será la adaptación y el regreso. Por el contrario, cuanto mayor sea la similitud, más fácil será.

4. Contacto con el país de origen: si la familia visitó el país de origen con frecuencia durante las vacaciones y mantuvo un contacto cercano, la readaptación será más fácil.

5. Estatus social: la reducción del estatus social que puede sufrir el individuo al volver a su país, incluyendo la pérdida de la condición de extranjero, inciden en el *shock* de retorno. La sensación especial de ser un expatriado se desvanece y empieza la transición, el proceso lento hacia ser de nuevo un local. El *shock* de retorno puede llevar también a una pérdida de beneficios económicos, como por ejemplo la deducción de impuestos. La pérdida del estatus de extranjero, diplomático o los beneficios económicos de las multinacionales, pueden ser también situaciones desestructurantes.

“Hay veces, desde que volví, que me siento muy mal porque no entiendo de lo que hablan y me siento un extranjero, pero los otros ven que no soy extranjero y que no tengo excusa, no se ve que uno es extranjero y habla igual y la gente se cree que los estoy jodiendo o me hago la importante o la esnob”.

6. Los cambios en las condiciones de la vivienda: Si nos mudamos de un lugar más grande a uno más chico, no nos entraran los muebles que oportunamente compramos. Nos sentiremos apretados con la sensación de falta de confort que esta situación normalmente conlleva. Por el contrario, si nos mudamos de un lugar más chico a uno más grande nos sentiremos mucho más cómodos. Y esto hace al proceso de adaptación.

7. Seguridad: Si venimos de un lugar muy seguro o si venimos de un lugar muy inseguro en donde nadie camina por la calle. Esto puede ser muy positivo o negativo según cual haya sido el país de destino.

La familia extensa y el retorno

Al no haber estado durante una cantidad de años, el tiempo pasó para todos, para los que se quedaron y para los que se fueron. Los que se fueron se acostumbraron a vivir sin nosotros, armaron sus vidas. Cuando volvemos no estamos en sus registros cotidianos, y no se acuerdan de que vivimos. Es un proceso diferente al de las vacaciones o visitas cortas, la vuelta definitiva cambia todo.

Los de acá y los de allá.

Para quienes quedan hay una pérdida en lo cotidiano, al principio es el vacío de la casa, de la calle, de la esquina, de los rituales.

Norma, 60 años, su hija menor, su yerno y su nieto de 3 años partieron a Israel, relata: *“durante mucho tiempo no podía pasar por la esquina de su casa ya que me provocaba un dolor tremendo... prefería caminar dos cuadras de más y no pasar por la puerta”*.

Los festejos y regalos de las fechas de cumpleaños se transforman en llamados telefónicos o largos correos electrónicos y alguna sorpresa por encomienda. Aquello que era presencia permanente, poco a poco, comienza a ser una ausencia pesada y comienzan las rutinas de los llamados a tal hora, el chat, la camarita, el Skype. Vemos abuelas que nunca se habían acercado a computadoras manejar el skype como expertas; las relaciones cobran otra calidad. Con los adultos, las relaciones entre quienes se quedan y quienes se van de alguna manera se conservan y evolucionan –sea por teléfono o correo electrónico–, pero en los niños no es igual.

Una abuela relataba con muchísima pena que no podía hablar con su nietito de 4 años que había partido a Italia, porque no quería acercarse al teléfono y no sabía usar la computadora, entonces ella no podía comunicarse directamente con él.

Los niños conservan imágenes congeladas cuando tienen menos contacto, ya sea porque no los dejan usar solos la computadora o porque se ponen difíciles para utilizar el teléfono. Se genera un vínculo fantaseado que conservan en la memoria porque, como a sus abuelas, les duele saberse muy lejos; entonces, preservan suspendidos “el cuento antes de ir a dormir” y “la caricia de la abuela”. La fantasía del retorno –y de cómo será– está presente tanto para los que se quedan como para los que se van, aunque las expectativas serán muy distintas: todos habrán cambiado y habrá que reconocerse en las diferencias. Los niños serán más grandes y serán los que más habrán cambiado, el proceso gradual de los relatos habrá sido acelerado o saltado. El regreso implica la mezcla de lo conocido y lo extraño, nada de lo que se dejó está igual y sin embargo lo familiar está en el aire. Los vínculos hay que reconstruirlos porque todo está congelado. Para irse y para dejar ir hay que anestesiarse un poco, los cortes emocionales son muy duros sin anestesia.

Al regresar, para volver al vínculo, hay que desanestesiarse, y cuando se estuvo mucho tiempo anestesiado es difícil vivir sin esa anestesia. La vida esta en otra parte, y acá todavía no está.

El traslado modifica necesariamente costumbres, uno se acostumbra y los lugares en donde uno desarrollaba la vida no siempre van a volver.

Para la familia X en el país los fines de semana eran familiares, siempre se juntaba la familia extensa a comer. Cuando se fueron, los fines de semana en familia fueron reemplazados por el club, los deportes de los chicos, los partidos. Al regresar, volver a los fines de semana en las casas de los abuelos ya no era un plan divertido para los chicos. Ellos estaban con mala cara y solo querían tratar de volver al club, a hacer lo que estaban acostumbrados y que habían hecho en los últimos 5 años de su vida.

La vuelta no es fácil y no siempre hay una preparación acorde con ello. Al retornar al país de origen muchos de los beneficios de los “expatriados” se pierden, y toda la familia acusa el cambio.

III. IDENTIDAD

Todas estas etapas se presentan en diferentes momentos y cada familia reacciona a su manera. En consecuencia, algunas etapas serán más largas y difíciles que otras. Hay muchos factores que contribuyen a la duración del efecto del choque cultural, como por ejemplo el tipo de familia, las experiencias previas, la facilidad de lenguaje y el momento del ciclo vital familiar.



– IV –

Los duelos de las migraciones

“Esta casa en que vivo se asemeja en todo a la mía: disposición de las habitaciones, olor del vestíbulo, muebles, luz oblicua por la mañana, atenuada a mediodía, solapada por la tarde; todo es igual, incluso los senderos y los árboles del jardín, y esa vieja puerta semiderruida y los adoquines del patio.

También las horas y los minutos del tiempo que pasa son semejantes a las horas y a los minutos de mi vida. En el momento que giran a mi alrededor, me digo: “parecen de veras. ¡Cómo se asemejan a las verdaderas horas que vivo en este momento!”

Por mi parte, si bien he suprimido en mi casa cualquier superficie de reflexión, cuando a pesar de todo el vidrio inevitable de una ventana se empeña en devolverme mi reflejo, veo en él a alguien que se me parece. ¡Sí que se me parece mucho, lo reconozco!

¡Pero no se vaya a pretender que soy yo! ¡Vamos! Todo es falso aquí. Cuando me hayan devuelto mi casa y mi vida, entonces encontraré mi verdadero rostro.”

Julio Cortázar, “Rayuela”

► Los duelos específicos de la migración transitoria

De pronto todo es distinto, algunos cambios que pueden verse menores, como dónde se prende la luz del baño, o las leyes de tránsito, pueden ser muy impactantes. Se impone la pérdida, la sensación al

principio es de pura privación y de despojo de los elementos fundamentales de la identidad de un individuo: el contexto, su lengua (idioma o modismos de su idioma), el sentimiento de ser reconocido y sentirse necesario para otro. El resultado es un sentimiento de desamparo, la impresión de estar excluido de uno mismo. Una expatriada lo definía así: *“Es una especie de terremoto bajo tus pies...”*.

La pérdida desorganiza nuestra capacidad de encontrar sentido a la experiencia y el duelo es la reacción ante las circunstancias de ausencia que han aturdido, confundido o desorientado.

Después de toda pérdida es necesario un tiempo de duelo. Si este duelo es negado o silenciado, volverá de alguna manera tarde o temprano. Ante el dolor que produce la pérdida de lo que queda atrás, y ante el miedo a los sentimientos de soledad, tristeza, vacío y desamparo, propios de los primeros tiempos de ajuste, es muy frecuente responder con mecanismos de negación ante aquellos sentimientos por parte del resto de la familia.

Relata Adriana V.: *“Cuando llegamos a Bolivia, Federico, mi hijo de 5 años que nunca había tenido problemas de adaptación en el jardín de infantes, no quería ir al colegio. Decía que lo trataban mal y que no querían ser sus amigos. Tan preocupada estaba por mi hijo que no armaba la casa, no tenía ganas de hacer nada... Fede era lo único que me importaba, no podía verlo mal, era algo que no podía soportar”*.

Es importante aceptar no sólo que hay una pérdida, sino que esa pérdida duele y que va a golpear a cada uno de los integrantes de la familia. Y puede hacerlo de forma distinta. Cada familiar hará su duelo, no existen dos duelos iguales. De esta manera es importante respetar el duelo del otro y no desesperar si “pasa mucho tiempo”: lo que a un integrante de la familia le puede llevar seis meses, a otro le puede llevar un año.

Los problemas psicológicos surgen de las dificultades en la elaboración del duelo. A menor elaboración familiar del proyecto

migratorio y a menor cohesión, diferenciación y sentido de unidad, más difícil será la elaboración de ese proceso.

En la migración transitoria los duelos tienen una condición muy específica: la pérdida no es definitiva, es un dolor diferente. Aunque la partida no es para siempre, de cualquier modo implica una privación: en lo cotidiano y en el día a día la familia estará en un contexto nuevo, echando de menos a la familia amplia, y a las antiguas experiencias. Estará adaptándose a nuevos roles, compañeros y experiencias que no son definitivas sino pasajeras. Es por eso que es una pérdida especial, pero no deja, al fin, de significar una pérdida.

Duelo por la familia extensa y los amigos

Desde las ciencias de la salud mental se considera que el mundo afectivo de una persona se centra fundamentalmente en el ámbito de la familia extensa y amigos.

En situaciones de migración transitoria un ser humano se distancia de sus afectos, por un tiempo largo. Además, en la mayoría de los casos, no sabe por cuánto tiempo y lo más probable es que no dependa de él, sino de la empresa, del trabajo, de la situación del país, etc.

Si bien es cierto que en la mayoría de los casos la familia en tránsito va a volver, nunca volverá igual: los hijos habrán crecido, el tiempo pasa para todos, para los que se quedan y para los que se van, y seguramente hay vivencias importantes que no se compartirán, es eso lo que se “duela”.

Jorge M. relata: “... cuando íbamos de vacaciones a nuestro país nos moríamos por estar con nuestros abuelos y primos y ellos con nosotros, no nos podíamos despegar, a los abuelos se les notaba que tenían muchas ganas de estar con nosotros, eso era muy lindo, lo feo era tener que despedirse...”.

A pesar de que no poder contar con el afecto y el apoyo de los seres queridos es siempre penoso, permite reestructurar, a través de la separación y la distancia, algunas relaciones conflictivas con personas significativas que residen en el país de origen.

Estas familias experimentan un corte con sus familias de origen. Este corte puede ser más o menos abrupto, más o menos, suave. Murray Bowen (1979) desarrolla en su concepto de “corte emocional”: *“el que se va le imprime un giro diferente a su vida... se aleja con la ilusión de conquistar su independencia”*.

Así, el corte constituye una manera o mecanismo de lograr distancia emocional entre dos miembros o partes del sistema familiar, de tal modo de evitar confrontaciones y abordar conflictos irresueltos entre ambos. El logro de esta distancia emocional puede obtenerse por medio del establecimiento de una distancia física, por medio de mecanismos intrapsíquicos internos o por la combinación de los anteriores.

Marta, 3 hijas y una familia estable, esposa de diplomático, en determinado momento después de 15 años de carrera diplomática empieza a tener “olvidos”. Arreglaba salidas sociales con otras señoras de diplomáticos, tales como ir a tomar el té, o almuerzos, y se olvidaba, dejando a las otras “plantadas”, situación que le acarrea serios problemas de relación, a ella y a su marido. Esto la llenaba de angustia ya que, literalmente, *“había salido completamente de mi cabeza que tenía que pasar a buscar a la señora W. Ahora está súper ofendida y me quiero morir”*. Estos olvidos le comenzaron a pasar cada vez más seguido, junto a algunas complicaciones de salud, hasta que el marido pidió el traslado.

En las migraciones transitorias los cortes emocionales se realizan “temporariamente”: la familia en tránsito se va pero se sabe que no es definitivo, sabe que va a regresar. En realidad, casi siempre se piensa como una “experiencia” que va a enriquecer enormemente a la familia, y no como un abandono o huida de relaciones conflictivas

no resueltas. En general, en el tiempo en que la familia se encuentra expatriada, las relaciones con la familia extensa se idealizan mucho y se “congelan” los conflictos que podrían existir.

Martha T. relata: *“El tiempo que vivimos en Alemania fue el mejor que recuerdo en muchos años. Con mis padres y con mis suegros, cuando venían a visitarnos no parábamos de pasear, y cada vez que te escribes no vas a contar problemas. Uno no se entera de las angustias diarias, y eso es bueno, salvo cuando los problemas son serios... y se da un poco eso ‘de ojos que no ven corazón que no siente’”*.

Una de las situaciones complicadas, está dada por la distancia respecto a los padres ancianos o enfermos. Además de las decisiones que se deben tomar y las responsabilidades, muchos expatriados sienten que el tiempo de vida que les queda a sus padres es poco y no lo pueden compartir con ellos aunque así lo quieran.

Diego C., hijo único, diplomático uruguayo, casado con dos hijos, tenía a su madre afectada de una demencia senil muy leve y estaba a su cargo cuando le llega el traslado a Ecuador. En Montevideo su madre vivía en un departamento cercano y era cuidada por una enfermera. Su hijo la visitaba periódicamente. Al salir el traslado junto con su mujer, deciden llevarla a Guayaquil con ellos ya que, así, Diego iba a estar más tranquilo. Para la madre el cambio de país fue muy contraproducente, ya que se sintió doblemente extraña: por un lado, viviendo en casa de su hijo/nuera, y por otro lado, en un país desconocido. Después de muchos problemas y desavenencias en el grupo familiar, decidieron que la señora volviera a Montevideo.

Otra de las situaciones difíciles es la relativa a los familiares y amigos en una situación económica y social angustiante. Ello hace que se sientan afuera de las relaciones y que no sean considerados, al no compartir lo doloroso de la coyuntura en la que el país de origen se halla inmerso.

María, de nacionalidad venezolana: *“Con todos los problemas que hay en mi país... Ellos dicen que yo vivo en una nube. No puedo decirles que estoy mal o que los extraño, yo no puedo tener problemas. Siempre los que tienen problemas son ellos, hay días en que me siento tan sola, y no puedo hablarlo con ellos. Siento emociones tan fuertes que antes compartía con mi madre o hermana y ahora ya no puedo. Me da vergüenza. ¿Cómo les voy a contar que estuve en un lugar maravilloso, mientras ellos están con la soga al cuello?”.*

Finalmente, respecto de los “duelos transitorios” de la familia migrante, uno de los problemas más graves que sufren los hijos de estas familias, es la ausencia del grupo familiar extenso (abuelos, primos, tíos). Esta carencia disminuye la riqueza de sus relaciones familiares y las posibilidades de encontrar figuras de identificación que puedan actuar como modelos de crecimiento personal y redes de ayuda y contención.

Duelo por la lengua materna

Cuando la migración se realiza a un país de otra lengua, el esfuerzo de adaptación y la sensación de pérdida se potencian. No sólo todo es diferente, sino que se encuentra afectada y comprometida la posibilidad de comunicación. La lengua es, ante todo, una modalidad de enlace, un vehículo de intercambio de conocimientos, de sentimientos, de ideas.

De esta manera, la adquisición de una nueva lengua implica uno de los mayores desafíos y un gran esfuerzo de la familia migrante.

Sin embargo, al interior de cada familia, este desafío y esfuerzo puede ser diferenciado: Ocurre a menudo, sobre todo en quién se queda en la casa que no tienen obligación en aprender el idioma, o en el funcionario en cuyo trabajo no necesita manejarse con el idioma local, que no lo aprenden nunca, o lo aprenden a medias, lo que puede retrasar o dificultar su adaptación.

Isabel M., una española en Brasil: “...yo me manejo perfectamente en portugués. El portugués no hace falta, si total pronto me voy a ir, ¿para que lo voy a aprender?”.

En cambio, aquellos que trabajan en el idioma del lugar o con locales, y los niños que deben ir al colegio, aunque éstos sean internacionales (francés, o americano), suelen aprender el idioma local, aunque sea un poco.

La reacción y relación con la lengua local difiere, de todas maneras, según las nacionalidades de origen de las familias migrantes. Por ejemplo los norteamericanos (y en general todos los de habla inglesa) tienden a usar su idioma y no aprender el idioma local. Los estadounidenses en particular, además, tienden a estar entre compatriotas y no se relacionan mucho con los locales. En estos casos no hay un duelo por la lengua ya que en realidad no se asume la pérdida: se sigue en el país de origen de un modo recreado. Esta recreación se intenta de cualquier manera, aunque haya veces en las que esto no sea posible, lo que puede conformar una gran frustración.

Duelo por la cultura

El migrante transitorio debe dejar, al menos por un tiempo, una serie de concepciones y actitudes acerca del mundo y acerca de cómo una persona debe comportarse en él. En el nuevo país algunas de esas concepciones pueden ser diferentes, como en los países árabes.

En este caso, los problemas de adaptación se manifiestan al no poder hacer el viraje entre el duelo de la cultura del país de origen y la incorporación de la nueva.

Anita, norteamericana en Asunción, no salía a pasear ni a recorrer a ningún lado ya que la inseguridad de las rutas paraguayas impedía que pudiera relajarse y disfrutar. En su estadía, sus hijos iban al colegio americano, todo

el contacto en el país era a través de americanos, y la verdad es que sufría enormemente porque no soportaba el “atraso” en el que vivía...

Adaptarse a las comidas, los olores, la falta de cines y teatros, si se es muy urbano, la ausencia de librerías, cafés, todas aquellas cosas que hacen a la cotidianeidad, que forman parte del acervo cultural.

Hay culturas que son muy asertivas y otras que no lo son, por ejemplo en oriente no se puede decir que no, esto es muy difícil para alguien que viene de una cultura muy asertiva.

Duelo por los paisajes y la tierra

Si bien es un duelo transitorio, habrá un tiempo en que los paisajes serán otros: la geografía determinará parte de la experiencia. Los que han vivido en países planos, pueden vivir la experiencia de las montañas como angustiante, con una sensación de encierro o una necesidad de espacio, de horizonte lejano. Los que han crecido en ciudades grandes, tendrán mayor dificultad para vivir en ciudades chicas, les faltará algo, les faltará “cemento”. Los que siempre han vivido en ciudades chicas o cerca del campo, tendrán más dificultades en variar el territorio, se sentirán abrumados por la “cantidad de gente”.

Duelo por la seguridad física

En aquellos países que son más inseguros debido a la violencia, la desigualdad socioeconómica, o sencillamente por ser ciudades más grandes, puede haber un duelo por la seguridad perdida. Si la familia está acostumbrada a una ciudad chica, tranquila y segura, el cambio a una ciudad más insegura puede ser vivido como un verdadero drama. Así, el tener que vivir bajo una vigilancia permanente,

en vez de sentir una “protección” se puede experimentar como un atentado a la privacidad y a la intimidad.

Familia F.L., madrileños. El padre empleado de una multinacional, primero fueron destinados a Santiago de Chile, después fueron trasladados a San Pablo. Los hijos vivían protestando por la necesidad del auto blindado y los choferes que los tenían que llevar y traer. Pablo, el hijo mayor de 15 años, se sentía “apresado”: “... *en Santiago iba y venía en bicicleta, por todos lados, aquí no me dejan ni mover... ¡¡¡Qué exagerados!!!*”.

Es cierto que los expatriados no conocen los códigos del lugar. Entonces puede ser normal que, en los primeros tiempos puedan ser demasiado cuidadosos. Es decir que, con respecto a la seguridad, pueda haber un exceso de celo, tomando un gran número de precauciones, que en definitiva se relacionan con la indefensión propia en la que se encuentra la familia migrante.

Duelo por el estatus

Cuando el expatriado se va de su país, entre otras tantas cosas encuentra, generalmente, un nivel de vida que no se asemeja al que tenía en su país de origen. Uno de los elementos más atractivos para la familia en tránsito, es el de tener una mejor calidad de vida en su nuevo destino, contar con mejores sueldos, poder enviar a sus niños a los mejores colegios, gozar de vacaciones en lugares de ensueño, etc. Muchos viven esa sensación de seres privilegiados, en un mundo en donde la gran mayoría cada vez está peor.

En cambio, al regresar al país de origen, muchas cosas cambian y la pérdida del estatus comporta un duelo. Todo es distinto “en un paisaje donde todo menos las nubes habían cambiado” (Benjamín1933). Afuera los diplomáticos, son importantes. Adentro son empleados públicos. En los repatriados, en general, hay un

enfrentamiento con una fuerte merma económica, y una repentina fragmentación del estilo de vida. La empresa ya no se ocupa ni del colegio ni de la renta. Los beneficios de los que goza un ejecutivo de multinacional expatriado no son los mismos al volver al país de origen. Mantener el nivel de vida que se mantenía afuera resulta muy caro.

La elaboración de los duelos

Quizá, lo más difícil para la familia expatriada es admitir que hay algo por “duelar”. Aceptar que a pesar de que las ventajas puedan ser inmejorables, los beneficios obvios y la calidad de vida muy superior, hay algo que puede doler, que puede no ser tan ideal. Lograr el clima de confianza que permita que algún integrante de la familia pueda decir, admitir la pena. No negar la pena es el primer paso para la elaboración exitosa del duelo migratorio.

Las familias migrantes tienden a cerrarse mucho sobre sí mismas. En el momento de la mudanza se hace necesario este mecanismo, como una defensa para reforzar su identidad y, de a poco y de acuerdo a la modalidad de cada familia irá abriéndose. Una “apertura” relativa no aumenta el nivel de diferenciación de la familia, pero reduce la ansiedad, y un nivel de ansiedad bajo permite a los miembros de la misma que se sientan motivados a empezar a moverse lentamente hacia una mayor diferenciación (Bowen, 1971).

Al principio, cuando la ansiedad es alta, es observable mucha indiferenciación en los procesos de duelo de la familia. El duelo migratorio de los padres es determinante en el duelo migratorio de los hijos, la actitud que tomen hacia el país de turno es el punto de referencia básico para conformar las actitudes de los hijos. Si el padre, o sobre todo la madre, muestran dificultades importantes en el contacto con el nuevo país, es posible que alguno de sus hijos mantenga esas actitudes.

Cristina, de origen belga, no se sentía bien en Paraguay. “... *No soportaba el clima, las comidas, los olores y me sentía muy desgraciada. Estaba todo el día durmiendo. Mi hijo, de 7 años, no se adaptaba al colegio y no quería ir, sufría todas las mañanas ataques de llanto que terminaban en vómitos. Era un verdadero calvario...*”. La madre decía que el niño estaba enfermo del estómago y entonces se quedaba con ella todo el día. El niño estaba muy angustiado, tenía pesadillas y dormía muy mal. Finalmente el padre pidió el traslado y toda la familia se desplazó nuevamente a Bélgica. El padre no ascendió en la compañía.

De cualquier modo, en el seno de una misma familia la actitud de cada hermano puede ser bien distinta. Así, si alguno de los hijos sigue el camino de alguno de los padres en el rechazo a la adaptación, otro hijo podría seguir el camino opuesto, aunque también problemático, de una sobre adaptación, rechazando la cultura de su propio país de origen, como rebote de la misma reacción inducida por el rechazo de los progenitores.

Los ritos de duelo sirven para reiniciar la red de vínculos, aliviar la carga del dolor y articular los procesos que expresan relaciones sentidas como quebradas o perdidas. La función esencial de los rituales es ofrecer un recipiente social y emocional donde vivir las transformaciones, donde ordenar los cambios y facilitarlos. El ritual asegura y garantiza la continuidad de un orden determinado, más allá de los cambios geográficos.

Para la familia P., diplomáticos italianos, la comida de los domingos era un rito, en el sentido que sea cual fuere el país donde estuvieren, siempre los domingos a mediodía comían espaguetis. La madre los amasaba y todos tenían ahí un espacio en dónde se reconocían.

La comida para eso es una instancia privilegiada, ya que implica una cantidad de sentidos, que hacen que la vivencia sea más integral.

Seguir siendo uno mismo, conservar la mismidad a través de las circunstancias, de los cambios de país, a pesar de la gente querida que se va, que cambia, forma base del sentido de la identidad, es responsable por la integración del yo e, indirectamente, mide la fuerza del yo. Esa fuerza hace que la familia en tránsito sienta que ha podido hacer frente a algo difícil, de lo cual no sólo se ha salido entero, sino con éxito y más engrandecida.

Los ritos, también, hacen a las bienvenidas y a las despedidas. Las familias migrantes tienen ritos de bienvenida, que puede ser inventados por la familia, asociados a la forma de dormir las primeras noches o de comer. Lo mismo sucede con las formas de despedida. Hacer una reunión para despedirse de los amigos, o de la familia ayuda a cerrar una etapa, y aunque muchas veces sean dolorosas, son necesarias para continuar, para irse lo mejor posible.

La comunicación en la familia es de vital importancia en el proceso de duelo. Teniendo en cuenta que los individuos, las familias y las culturas son distintas en el grado en que la expresión de sentimientos es valorada o funcional, es evidente que la comunicación clara y directa facilita la adaptación familiar y fortalece a las familias, convirtiéndose éstas en una importante red de apoyo para sus miembros (Walsh, 1982).

La experiencia es de todos. En la familia en tránsito, lo más doloroso para uno puede ser lo más insignificante para otro. La cantidad de cosas que cambian y se pierden son muchas y en forma simultánea. Por eso, las reacciones de la familia, ante las distintas pérdidas, puede ser relativa y heterogénea.

La familia W. se mudó de África. *“Cuando volvimos, era extraño, cada uno estaba metido en sus problemas. Juan, mi hijo, se moría por sus amigos, yo extrañaba la vida tranquila, la casa, mi marido tenía que viajar mucho, andábamos cada uno en nuestro mundo”.*

Lo que cada integrante de la familia “duela” puede ser algo distinto. Compartir la experiencia de las distintas pérdidas, en la forma en que la familia sea capaz de hacerlo, es fundamental para una adaptación exitosa. Todos los miembros de la familia tienen su valor en el proceso de duelo, aún los que parecen más insignificantes, por ser más pequeños o porque el resto puede sentir que comparado con su pérdida es mínima.

Un adolescente se quejaba amargamente porque dejaba a su enamorado en el país de origen. Siente que su pérdida es incomparable a cualquier otra pérdida: *“... no puedes comparar. No es lo mismo perder a un compañero de curso, o a una linda casa, que el perder el amor de tu vida...”*.

Cuando existe cohesión familiar, la adaptación ante las pérdidas deja de ser una tarea tan ardua. La cohesión familiar tiene que ver con ciertas características tales como apoyo mutuo, tolerancia y respeto frente a las distintas respuestas de los familiares ante las pérdidas que provocan las mudanzas.

En las familias que se caracterizan por ser de naturaleza aglutinada, la demanda de frente unido, a pesar de las circunstancias, puede complicar mucho el proceso de duelo, ya que cualquier diferencia puede ser vista como deslealtad o posible amenaza.

En el otro extremo, las familias desligadas buscan evitar el dolor de la partida a través del distanciamiento o la ruptura. Cuando se da esta fragmentación familiar, los miembros quedan aislados en su dolor, cada uno defendiéndose a sí mismo (Walsh/Mc Goldrick, 1991).

A Carolina le resultaba muy difícil ver partir a sus padres otra vez, esta vez sin ella. Después de toda una vida acompañando a sus padres diplomáticos, decidió quedarse en su país de origen estudiando en la universidad. Era doloroso. A medida que se acercaba la fecha de la partida se sentía especialmente tensa con su padre, la relación llegó hasta una cuasi ruptura. Era más fácil despedirlos enojada, que en paz.

Es crucial un clima de confianza, de respuesta empática y tolerancia frente a las distintas reacciones. El proceso de elaboración del duelo también incluye compartir los intentos por darle un sentido y significado a las distintas pérdidas, para que se incluyan en la experiencia de la vida de la familia así como en sus historias y sus mitos.

La identidad en el duelo

La identidad de una familia se constituye como una historia que va contando acerca de ella misma. Es una historia que la posiciona en el mundo. Y cuando le preguntan acerca del mundo, cuenta otra historia.

Marianne, americana: debido a la profesión de su padre, durante su niñez se trasladó con su familia por numerosos países. Cada dos años cambiaban de país. Era así como las mudanzas se realizaban con muy pocos objetos, solo lo indispensable, ya que a la familia le proveían todo lo que necesitaba en el país de destino. Entre los únicos objetos que llevaban había un jarrón rarísimo: *“Este jarrón era irrompible, y mi padre cuando venían visitas a la casa hacía su demostración, lo dejaba caer en el aire frente al asombro de todos, y nunca se rompía. Cada vez que mi padre tomaba ese jarrón y lo dejaba caer, veía su cara de satisfacción y oía su explicación, yo me sentía en casa...”*. Ese jarrón simbolizaba lo irrompible de la familia, a pesar de las mudanzas, de las pérdidas. Esa historia comprendía la forma de identidad de la familia.

Estas historias funcionan como una crónica a través del tiempo y forman parte importante de las interacciones de la familia.

Mitos

Es interesante la magnitud que adquieren las historias en la familia migrante. Las experiencias son muy fuertes, y se arma una trama que hace a la esencia a la identidad familiar. Estas historias son verdaderos mitos familiares, tienen una estructura fuertemente simbólica y sirven de soporte para lo incierto de lo que puede ocurrir en el presente o en el futuro. Es otro elemento facilitador de la elaboración del duelo de la migración.

El mito es un sistema dinámico de símbolos que se convierte en relato. Es el relato originario que sirve de base para la construcción del mundo, de la vida, de la cotidianeidad. El mito aglutina, cohesiona ilusiones colectivas (Andolfi/ Angelo, 1989).

Un aspecto muy importante del mito, es que mantiene un orden estable y dinámico. Los mitos cambian, pero nunca del todo. Existe siempre un depósito “conservador” (un jarrón irrompible).

“Cachivaches esenciales” u objetos transicionales

Donald. W .Winnicott (1971) describe como objeto transicional, lo que constituye una zona intermedia entre la realidad interior y la vida exterior. Esa zona transicional” *se trata de una zona que no es objeto de desafío alguno, porque no presenta exigencias*”. En la infancia la zona intermedia es necesaria para la iniciación de una relación entre el niño y el mundo” (Winnicott 1971). Este objeto transicional, puede ser una manta que el bebé chupa, hasta quedar hecha hilachas, un osito de peluche, el chupete, cualquier objeto, que le dé al niño pequeño un apoyo, un soporte como para animarlo a salir al mundo.

Los objetos transicionales cumplen un rol reparatorio, son un espacio de recuperación simbólica ante una pérdida. Las familias en tránsito recurren a objetos transicionales, que los vinculan con

los lugares en donde han vivido y con la gente a quien allí han conocido. Estos objetos varían con las personas, y pueden ser desde un jarrón hasta un contenedor repleto de cosas. No deja de ser curioso como alguien realiza el trabajo de duelo armándose de cachivaches.

Decorar la nueva casa que está tan lejos del antiguo hogar con esos *objetos transicionales* puede ser muy aliviador. Encontrar a catorce mil kilómetros de distancia del país de origen algo representativo e histórico para la familia, otorga una primera sensación de estar en casa.

Marlene, una francesa en Perú, relata: *“Cuando llegamos a Perú habían pasado más de dos meses desde que habían embalado nuestras cosas. Cuando abrimos las cajas, cada una era un festejo, hasta las cosas más tontas. ¡No imaginas la alegría de los niños cuando encontramos los imanes que iban pegados al refrigerador!”*

Los álbumes de fotos también cumplen el papel de objetos transicionales, investidos de una obvia carga afectiva y de realidad, ya que las fotos guardan, como quizá ningún otro objeto, los recuerdos e imágenes de los lugares e historias de la familia.

Familias sustitutas (hermanos de barco, compañeros de travesía)

En su derrotero, la familia en tránsito va pasando de país en país creando lazos, adoptando verdaderas familias sustitutas, con afectos muy fuertes. A veces, en cada país se va recreando una “familia”, que funciona repitiendo algunos ritos de las familias de origen.

Paula, 45 años, nacionalidad argentina, relata: *“... cuando estábamos en Perú, éramos –junto con dos familias más: una brasileña y otra uruguaya– como una familia grande. Nos juntábamos todos los domingos en alguna de*

las tres casas para hacer asados, los chicos eran como sobrinos de todos y los adultos como tíos, parecíamos una familia enorme, era muy lindo...”.

Es una oportunidad de estructurar relaciones satisfactorias con personas que se pueden elegir. *“Las personas que cortan con su familia tienden a buscar, en el ámbito de sus relaciones sociales, a aquellas con las que más congenian, lo que reduce la ansiedad inmediata y puede funcionar bien por algún tiempo”* (Bowen, 1979). Si las relaciones dejan de ser satisfactorias, o repiten algunas características no muy placenteras de la familia de origen, se pasa a otras que sean más gratas.

La vida social, sobre todo en el ambiente diplomático, puede ser muy amplia, y es notable como se conoce gente en muy poco tiempo.

Estos vínculos rebasan el marco del parentesco, cuando se trata de aprovechar todos los recursos posibles, haciéndose extensivos a los amigos, vecinos y miembros de la misma nacionalidad, de manera que sustituyen los lazos familiares y ejercen funciones de apoyo semejantes, al tiempo que consolidan el sentido de pertenencia a un colectivo propicio.

Marta ha pasado por seis migraciones internacionales: *“... tengo amigos por todos lados. Tengo tantos ‘sobrinos’ postizos, imagínate todos los hijos de mis amigas de todos los países en los que hemos vivido...”.*

En general, los vínculos son con otras familias en tránsito.

El tiempo que la familia ocupa con su familia extensa en el país de origen es un tiempo que estando en el exterior puede “sobrar”. Es un tema frecuente de los expatriados: qué hacer el fin de semana, ya que suele ser un tiempo destinado a la familia y amigos, y en el nuevo país no se los tiene. Esto es vivido al principio como un gran vacío. Por ello, la intensidad de las experiencias hace que los lazos con los compañeros de expatriación sean muy fuertes e indelebles.

Estos vínculos pueden ser muy profundos, y suelen conservarse para toda la vida.

- V -

Conclusión



► Validando la situación estresante: RESILIENCIA

Un concepto muy fecundo (relativamente nuevo) es el de **resiliencia**. Fue extraído de la física, y en aquella ciencia es la propiedad de los cuerpos elásticos de recobrar su forma original, liberando energía cuando son sometidos a una fuerza externa. Sería algo así como su “capacidad de rebote” (Gómez de Giraudo, 2000).

El vocablo resiliencia tiene su origen en el latín, en el término resilio que significa “volver atrás”, “volver de un salto”, “resaltar”, “rebotar”. En la Enciclopedia de la Real Academia Española se define resiliencia como “la resistencia de un cuerpo a la rotura por golpe”.

En psicología, fue adoptado para caracterizar a aquellas personas que son capaces de afrontar situaciones de estrés y salir de ellas robustecidas. Mientras algunas personas sucumben a dichas circunstancias, evidenciando desequilibrio y trastornos a diversos niveles, otras se desarrollan exitosamente a pesar de la adversidad.

Froma Walsh (1996) amplía este concepto trasladándolo a la familia: “Mientras que una crisis o un estado persistente de **estrés** puede derrumbar a algunas familias, otras emergen de ellos fortalecidas y con mayores recursos... La manera en que el grupo familiar afronte, maneje las experiencias disociadoras, mitigue el estrés, se reorganice con eficacia y siga adelante en su vida, gravita en la **adaptación** inmediata de todos los miembros de la familia y de ésta como unidad”.

Esta perspectiva hace aparecer lo que podría percibirse como perjuicio en un desafío. La experiencia migratoria es claramente un reto, de la que se puede salir muy fortalecido o muy dañado.⁴ Siguiendo las ideas de Walsh, *“el conflicto y el cambio forman parte de la vida familiar como se aprecia en los retos planteados por el **proceso migratorio**, con su profunda disociación ecológica, y el inevitable desarraigo”*.

Las características de la migración acentúan la necesidad, y por ende la capacidad adaptativa, de la familia. Ésta, si quiere superar el desafío, debe dar muestras una y otra vez de su resiliencia, de su capacidad de hacer frente a las situaciones que puedan tornarse difíciles. Así, los niños de familias migrantes desarrollan una verdadera habilidad, en lo que hace a la adaptación a nuevos colegios, y grupos de pares.

Felipe, 8 años, ya ha vivido en 4 países distintos, cada año de su vida empezó en un nuevo colegio, con compañeros distintos. Relata su madre: *“... era la primera vez que iba a volver al mismo colegio del año anterior, empezaba tercero básico, y se mostró casi desilusionado me preguntó:*

–De verdad, voy a ir al mismo colegio?

–Sí, le contesté, ¿por qué, no te gusta?

–Sí, sí me gusta, pero es muy raro, respondió.

Lo extraño era que yo parecía más contenta que él...”.

Ser “el nuevo”, lejos de ser una situación estresante, angustiante, se transforma en algo interesante, entretenido. Un hijo de diplomáticos que pasó por cuatro colegios en su infancia comentaba: *“una ventaja, para mí, era ser bueno en los deportes, porque siempre querían ver cómo ‘el nuevo’ les pasaba la pelota”*.

4. En efecto, en las parejas de expatriados hay una alta incidencia de divorcios, alcoholismo, drogadicción, fracaso escolar de los hijos, etc.

La migración internacional es el reto que tiene la familia de recalibrarse y reamoldarse. Cada mudanza le sirve para aprender y conocer mejor su proceso de unión familiar lo importante será su propia modalidad y su capacidad de aprender de sus propias experiencias.

“El concepto de resiliencia familiar incorpora una visión evolutiva, de los desafíos que enfrenta la familia y sus reacciones a lo largo del tiempo examinando cómo varían los procesos de resiliencia relacional en las distintas fases de **adaptación y etapas del ciclo vital.**”

Jane, 50 años, cuatro hijos, seis mudanzas internacionales recorridas:

“Somos una familia hermosa y si no hubiéramos pasado por esto, no seríamos tan fuertes y unidos. Esto nos ha dado una fortaleza difícil de explicar.”

Sigue Framo Walsh: *“Las experiencias de éxito aumentan el orgullo y la eficacia de la familia, permitiéndole a su vez enfrentar con mayor eficacia aún las adaptaciones subsiguientes”.*

En mi trabajo con familias migrantes he aprendido que no siempre la modalidad de una le resulta a otra a la hora de hacer las cajas, de despedirse, o de dar la noticia del traslado. En cambio, sí he comprobado que hay elementos que a modo de *factores protectores*⁵ de resiliencia ayudan a la familia a realizar un proceso de adaptación más cómodo, y ecuánime para todos los integrantes de la familia.

En las numerosas experiencias de familias en tránsito que he ido recogiendo los factores protectores para la familia migrante son:

Participación familiar en las decisiones, o por lo menos una voluntad participativa en lo que hace a las mudanzas, sean los niños de la

5. Los factores protectores serían la contraparte de los factores de riesgo. Son “salugénicos”, y ponen énfasis en la promoción de la salud. Facilitan el logro o el mantenimiento de la salubridad y pueden encontrarse en las personas mismas, en las características interaccionales del medio ambiente familiar, escolar, etc. y/o en las instituciones de la comunidad, educación, trabajo, iglesia, etc.(Casullo, 1998).

edad que sean. Ser llevado sin participación alguna, sería como un secuestro. Sentir que se tiene voz y voto, sobre todo voz –el ser escuchados– es fundamental. Sentir que son tomados en cuenta.

Hay una creencia generalizada en que todos pueden gravitar en los sucesos de la experiencia.

Relata Consuelo, 37 años, esposa de diplomático y madre de tres hijos: *“... en casa no es un secreto el trabajo de papá, y que seguramente nos vamos a volver a mudar. Conversamos acerca de la posibilidad de algunos países, lo discutimos, tenemos un mapamundi enorme y vamos viendo dónde están nuestros amigos, dónde están los abuelos, y a los países a los que cada uno le gustaría ir. Toda la familia participa del tema, es que es un tema de todos...”*.

Se sienten profundamente involucrados y comprometidos con lo que hacen. Ven el cambio como un desafío apasionante, que los puede conducir a un mayor desarrollo. Y, fundamentalmente, no es el marido, el empleado de la compañía o el funcionario diplomático, el único protagonista o el que gravita en las decisiones, sino que toda la familia pertenece a la compañía o a la embajada.

Límites. La familia muestra bastante claros los límites y las jerarquías. Si bien pueden participar todos de la discusión y ponerse en el lugar del otro, a la hora de las decisiones y de las últimas palabras, está claro quién es el adulto.

El padre que en todo momento quiere funcionar como el mejor amigo del hijo, o la madre que prefiere que se la confunda con una hermana mayor, no funcionan desde el nivel jerárquico de padres y confunden al hijo.

Marisa, brasileña, madre de dos hijos de 15 y 13 años: *“Cuando de la compañía nos mandaron de México a Chile, nos cayó como un balde de agua fría. Primero porque creíamos que íbamos a estar un año más, y segundo porque los niños estaban muy acostumbrados en México. Anita estaba contenta con el*

cambio, sentía que iba a estar más cerca de Brasil, en cambio José no quería venir. Fue difícil, hubo que ponerse muy firmes, pero lo logramos. Mi esposo traía folletos con las posibilidades turísticas. Encontramos que había unos amigos nuestros que tenían familia viviendo allí. Anita también lo convencía. Finalmente fue como una empresa familiar, mientras lo convencíamos a él, más nos asegurábamos de que ese era el mejor paso que debíamos dar... Ahora cuando se acuerda que no quería venir, no lo puede creer.”.

Es decir, se vuelve fundamental poner límites y conservar un orden interno de la familia, pautas horarias y de modalidad, a pesar o independientemente del país de turno.

Juan P., colombiano: *“Cuando llegamos a Paraguay seguíamos con los hábitos de Colombia, por ejemplo la hora del baño ordenaba a los niños y a todos en que había horas para hacer las cosas, a pesar de que podía parecer absurdo, creo que ser rígidos en esas pequeñas cosas nos sirvió para adaptarnos más rápido”.*

Descentralizar las culpas

“Para que los niños puedan descender del limbo de los inocentes es necesario que los padres abandonen el lugar de los culpables” (González Cúberes, 1997).

Muchas veces, sobre todo en el momento de la adolescencia, los conflictos esperables entre padres e hijos se tiñen de únicos, *“porque sólo el padre debería trasladarse, los hijos y la esposa no tienen esa obligación”*.⁶

Lo cierto es que las ventajas de conocer otras culturas son enormes. En un buen proceso de duelo migratorio habrá, después del primer tiempo de *shock* cultural, una ganancia en la integración de la cultural nueva, que podrá ser muy enriquecedora y gratificante. En el aspecto cultural se encuentran una de las mayores

6. Queja muy típica y genuina de adolescentes, y algunas esposas de familias en tránsito.

ganancias de la vida de la familia en tránsito. La experiencia de explorar civilizaciones nuevas, viviendo en ellas. *Conocer*, implica una satisfacción muy grande.

Daniela, 35 años, madre de tres hijas: *“Cuando nos ofrecieron irnos a España, María, mi hija mayor, tenía 7 años. Ariel, mi marido, se sentía tan culpable de alejarla de los abuelos, tíos, primos y compañeritos de colegio, que no se animaba a decirle que era por su trabajo que se tenían que ir. Estuvimos un par de días soportando una pataleta terrible, hasta que nos cansamos, le dijimos que era por el trabajo del papá, que iba a estar muy bien y que iba a tener una casa muy grande, pero nada la convencía. En eso una amiguita la llamó y le contó que en España era verano. Y que hacía calor. Fue increíble como eso la calmó. Se transformó de pronto. España fue el mejor lugar del mundo...”*.

Optimismo y buen humor, aquellos momentos sublimes en que la gente se supera a sí misma.

Cuando, al llegar a un nuevo lugar no se consigue casa o vacantes en los colegios, se rompen las cosas en las mudanzas, alguno se enferma y no hay médicos que se conozcan como para recurrir, la sensación es que uno va a estallar. En esos momentos, poder reírse, cuando uno tiene ganas de llorar o de matar a alguien, es un gran alivio.

Cristine, hija de diplomáticos: *“Recuerdo que con mis hermanas jugábamos con las cajas y con el material de embalaje, jugábamos a las escondidas entre las cajas, todo lo que rodeaba a la mudanza lo recuerdo como un juego. Mi madre hacía todo lo posible para que lo viera así. Hoy que yo misma lo tengo que vivir, valoro mucho eso porque no tiene nada de divertido, y ella hacía que fuera de lo más entretenido”*.

Comunicación franca, decir lo que nos duele, y escucharlo aunque nos resulte difícil.

Si nos tenemos que enojar, enojarnos, y si tenemos que escuchar algo doloroso también. Institucionalizar espacios de escucha.

Crearlos si no existen, antes de ir a dormir, los domingos, cada familia tiene su “cuando” y si no lo tiene se puede inventar.

Creatividad, la empatía desarrolla la creatividad, puesto que identificarse con los demás permite vivenciar una gama de experiencias superior a las de una vida individual.

Alejandra, mexicana, madre de tres niños: *“Hacía sólo seis meses que estábamos en Uruguay. Al principio, no había vacantes en el colegio y después de dar unos exámenes de cuatro horas, entraron mis tres hijos en el mismo colegio. Cuando así de un día para el otro, nos dijeron que teníamos que volver a México y todavía faltaban tres meses para el término de clases, mi marido no se animaba a decirme por miedo a que lo matara o me diera un ataque de nervios. Me llamó, me invitó a comer a un restaurante y me lo dijo. No nos pusimos de acuerdo, discutimos mucho. De pronto mi marido me dijo que si quería ir a bailar, me pareció una locura que en medio de semejante discusión me ofreciera ir a bailar, pero dije que sí. No sé cómo se le ocurrió pero fue genial porque bailando nos empezamos a entender. Si bien no estábamos de acuerdo estábamos más tranquilos. Estuvimos pensando cómo lo haríamos, y decidimos que yo me quedara con los niños hasta el término del colegio y luego cuando terminaron las clases, él volvió, levantamos la casa todos juntos y a México otra vez. Eso de estar ese tiempo separados es algo que siento que nos ha unido mucho...”*

Wilfred Bion explicó cómo un cambio fuerte puede desembocar en una catástrofe verdadera o, por el contrario, en una evolución exitosa y creativa. Es fundamental, en el trabajo con familias migrantes, estimular los rasgos resilientes que estas familias poseen, para asumir lo mejor posible el estrés. Hay veces en que la familia está “cansada” de tantas mudanzas.

Silvia V., 16 años de casada, tres hijos y diecisiete mudanzas en su haber: *“Pasamos por momentos muy duros, hasta pensé en separarme. Hemos vivido un millón de cosas, buenas, malas, lindas, feas... a esta altura ya no lo pien-*

so: lo hago y listo. Cuando nos queremos acordar, ya estamos instalados, cada uno se ocupa de lo que tiene que hacer: los chicos de sus juguetes y libros; mi marido de los papeles, cuentas y servicios. Trabajamos en equipo, casi como un engranaje. Al principio, en cambio, peleábamos mucho, no sabíamos que hacer, por dónde empezar. Ahora sabemos que es nuestra forma de vivir, y cada mudanza la vivimos como un avance, un nuevo paso que estamos dando, que estamos creciendo... ya estamos vacunados...”.

De esta manera, hay un mensaje principal, optimista y esperanzador, para aquellos que tenemos que enfrentar las migraciones transitorias: las distintas mudanzas, si son bien llevadas, aprovechadas, en un ambiente protector, de confianza, participación y creatividad, funcionan como una “inmunización psicológica” que vigoriza a la familia y la hace resistente y fuerte, frente a los efectos potencialmente dañinos de las experiencias de estrés.



Bibliografía

- Aberastury y Knobel: *La adolescencia normal*. Paidós, Buenos Aires, 1983.
- Achotegui, Joseba: *Los duelos de la migración*. Revista Alezeia, año VIII, Nº 31-32, Barcelona, España, diciembre 2000.
- Álvarez, José Luis: *La transferencia internacional de directivos*. Revista de antiguos alumnos del IESE, 1998. Universidad de Navarra.
- Andolfi, M. y Angelo, C.: *Tiempo y mito en la psicoterapia familiar*. Buenos Aires, Paidós, 1989.
- Benjamín, Walter: “Experiencia y pobreza”, en *Discursos interrumpidos I*. 1933, Madrid, Taurus, 1973.
- Boszormenyi-Nagy, I.: *Lealtades invisibles*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994.
- Bowen, Murray: *De la familia al individuo*. Paidós, Barcelona, España, 1979.
- Bowen, Murray: *Individuality and togetherness*. 1972, Kerr, M, 1981.
- Bowlby, John: *Vínculos afectivos: formación desarrollo y pérdida*. Ediciones Morata, Madrid, 1986.
- Canales, María y Saint-Mezard, Damián: *Miedo a cruzar las fronteras*. Revista Nueva Economía, 1999. www.nueva-economia.com
- Castles, Stephen: *Nuevas migraciones en la región de Asia y el Pacífico: un potencial de cambio social y político*. Revista Internacional de Ciencias Sociales, Nº 156, 1998. www.unesco.org
- Castles, Stephen: *Globalización y migración: algunas contradicciones urgentes*. Revista Internacional de Ciencias Sociales, Nº 156, 1998. www.unesco.org
- Cazabat, Eduardo: *Qué es el stress, y cómo combatirlo*, www.cpp.com.ar
- Cervantes Rodríguez, Aurora: *Migración*. 2001, www.imagenzac.com
- Cortázar, Julio: *Rayuela*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1972.
- Erikson, Eric: *Sociedad y adolescencia*. Siglo XXI, México, 1972.

- Falicov, Celia: *Transiciones en la familia*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 1991.
- Freud, Sigmund: *Inhibición, síntoma y angustia*, 1926. Obras Completas, Ballesteros Ediciones, 1980.
- Fernández Sessarego, Carlos: *El derecho a la identidad personal*. Editorial Astrea, Buenos Aires, Argentina, 1992.
- Fonte Reverendo, Urrutia: *Estrés crónico y fobias*. Alcmeon 25, año IX, vol. 7, Buenos Aires, junio 1998.
- Galeano, Eduardo: *Las venas abiertas de america latina*. Editorial Siglo XXI, Argentina, 1971.
- Glick schiller, Nina: *Trans-migrants and nation-states: something old and something new in the immigrant experience. Towards a transnational perspective on migration*. John Hopkins University Press, Baltimore, 1998.
- Gomez de Giraudo, María Teresa: *Adolescencia y prevención: conducta de riesgo y resiliencia*. Conferencia II Jornadas de formación : niñez y adolescencia en situación de riesgo, Facultad de Psicología de la Universidad del Salvador, septiembre 2000.
- González Cuberes María Teresa: *Chicos especiales e integración ¿mucho, poquito o nada?* Editorial Humanitas Lumen, Buenos Aires, 1997.
- Guerrero, Arturo. *Los que se van*. www.ticolombia.com, 2000.
- Grinberg y Grinberg: *Migración y exilio*. Biblioteca Nueva Madrid, España, 1996.
- Grinberg y Grinberg: *Identidad y cambio*. Paidós, Barcelona, España, 1980.
- Hillert, Rebeca y Díaz, Guillermina: *El tren de los adolescentes*. Editorial Lumen, Buenos Aires, Argentina, 1998.
- Hamer, John: *Causales de estrés*. Editorial Atlanta, 1998.
- Jurg, Willi: *La pareja humana relación y conflicto*. Ediciones Morata, 1978.
- Kozubova, Karla: *Las migraciones y sus impactos*. Revista del Instituto Chileno de Terapia Familiar, año 8, n° 213, diciembre 2000.
- Lacan, Jacques: *Seminario 25. Momento de concluir*. Paidós, Barcelona, 1978.
- Lacan, Jacques: *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Escritos I, Siglo XXI Editores, Argentina, 1971.
- Lazarus y Folkman: *Stress, coping and adaptation*. New York, Springer, 1986
- Oberg, Kalervo: *Culture shock and the problems of adjusment to new cultural enviroments*. Conferencia publicada por el Foreign Service Institute, Washington, 1958.
- Pittman, Frank: "Crisis previsibles o imprevisibles" en *Transiciones de la familia*. Op. cit., 1991.

BIBLIOGRAFÍA

- Rivera Delgado, Amalia: *Presencia del síndrome de burnout en médicos del Hospital Clínico Quirúrgico Hermanos Ameijiras*. Tesis de grado, México, 1997.
- Rodríguez Kauth, Ángel: *Identidad social y nacional (América latina ¿mito o realidad?)*. Revista Topía, www.topia.com.ar
- Silpak, Osvaldo: *Estrés*. Revista Alcmeon, vol. 4, Buenos Aires, 1991.
- Schnitman, Dora: *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad. Sin patria, los vínculos de pertenencia en el mundo de hoy, familia país, nación*. José Jiménez. Paidós, Buenos Aires, 1994.
- Troya, Estela: *De qué está hecho el amor*. Editorial Lumen, Buenos Aires, 2000.
- Walsh, Froma; McGoldrick, Monica: *Loss and the family: A systemic perspective*. Nueva York, W W Norton & Co, 1991.
- Walsh, Froma: *El concepto de resiliencia familiar: crisis y desafío*. Revista Sistemas Familiares, Buenos Aires, Argentina, marzo 1998.
- Watzlawick, Beavin y Jackson: *Teoría de la comunicación humana*. Editorial Herder, 1993.
- Winnicott, Donald: *Realidad y juego*. Gedisa, Buenos Aires, Argentina, 1971.
- Yankelevich, José: *Pensar el exilio, una aproximación al caso argentino*. www.cultura.ff.gob.mx

Este libro está destinado a quienes tienen que pasar por la experiencia de un traslado, pensado desde una perspectiva familiar.

Para esto se vale del relato de historias de quienes pasaron por la experiencia con los distintos puntos de vista de las funcionarias, los funcionarios, sus parejas y sus hijos.

Es un trabajo en donde se plantean las ventajas y las desventajas del proceso, considerando que es fundamental la comprensión de la situación familiar para lograr el mejor pasaje por la circunstancia que les ha tocado vivir.

Este trabajo incluye el análisis de temas tales como la adaptación, el shock cultural, el duelo por la lejanía de la familia extendida y el retorno, entre otros.

TRAS LADOS

La mudanza
internacional
y su impacto
familiar

El no comprender la situación genera culpas para con la familia y esta culpa origina conflictos que se pueden evitar con información y prevención.



Ediciones
APSEN